

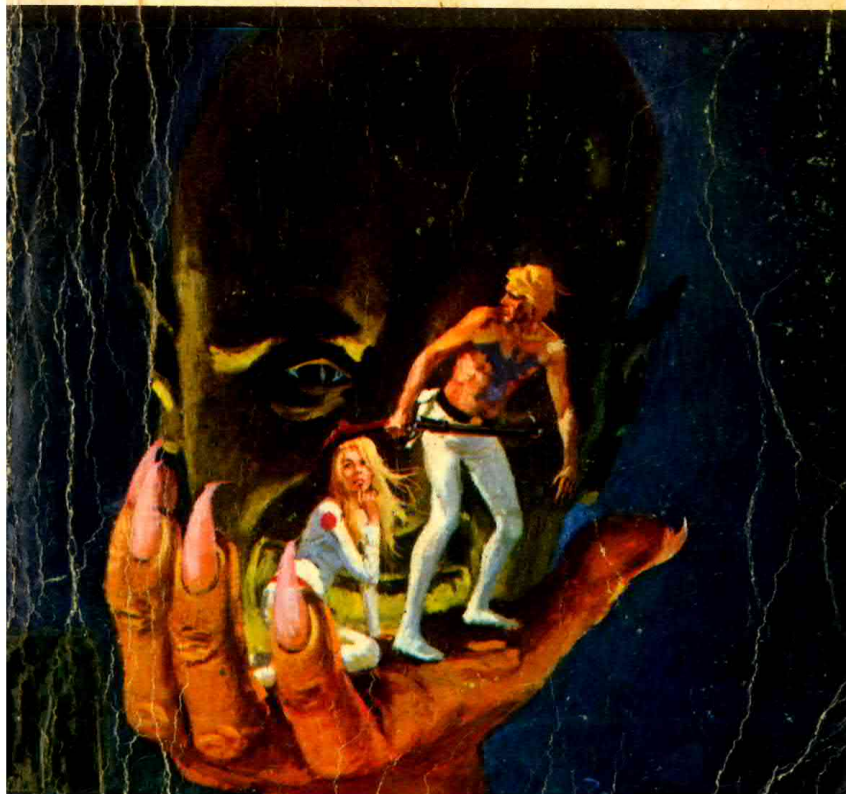
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

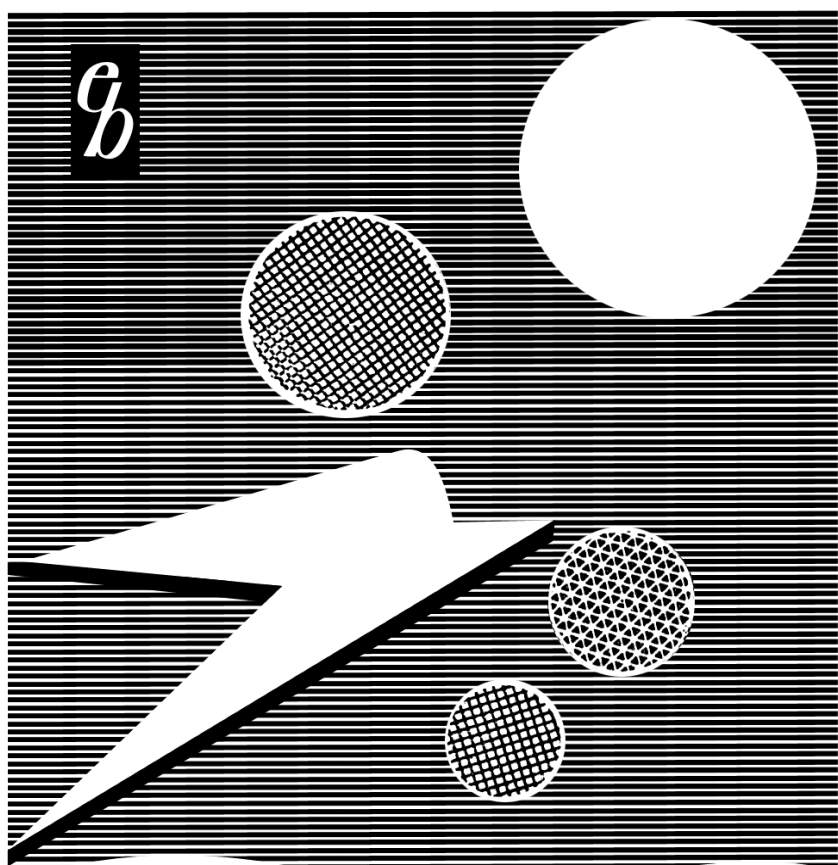
EXPEDICION A LA VIDA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN

PARRISH

EXPEDICION A LA VIDA

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
146**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Depósito Legal B. 12.373 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1973

© **GLENN PARRISH** - 1973

texto

© **ANGEL BADIA** - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

La cinta transportadora le llevó hasta el puesto de la Aduana, atestado de viajeros de todas clases. Holten Lee Murney contempló casi con hastío el abigarrado espectáculo de hombres y mujeres, de mil variados aspectos y vestimentas, que se movían por el astropuerto de Maxicity, capital de Nováfrica.

Murney llevaba en la mano derecha su breve equipaje: una sencilla bolsa de cuero de buey arturiano, en la que tenía los objetos más imprescindibles. No poseía nada más; por otra parte, tampoco necesitaba más que lo que contenía la bolsa.

Pacientemente, aguardó a que le llegase el turno. Entonces puso la bolsa sobre el mostrador.

—Ábrala —indicó el aduanero.

Murney le indicó con un gesto la vacía manga izquierda de su blusa.

—Me cuesta un poco de trabajo —respondió sobriamente.

—Oh, dispense, no me había dado cuenta —se disculpó el funcionario. De pronto, leyó el nombre de la etiqueta—. Capitán Murney...

—Sí, yo mismo —confirmó el viajero.

El aduanero sonrió. Trazó una señal en la bolsa y movió la mano.

—Revisado, capitán. Puede seguir —dijo.

—Gracias, amigo.

Murney agarró la bolsa de nuevo. Detrás de él, oyó un comentario del aduanero, que hablaba con uno de sus compañeros:

—Un saurio exápodo se le llevó el brazo izquierdo de una sola

dentellada...

Murney ya no oyó más. Ni tampoco le importaba recordar cómo había perdido el brazo izquierdo.

Casi lo peor no era la pérdida del miembro, sino su ruina. Había sido una expedición desgraciada, podía decirse, desde el principio y allí, en los pantanos arturianos, se habían quedado hundidas sus esperanzas.

Y su dinero.

Estaba literalmente en la ruina. Apenas si tenía encima una docena de monedas para un día o dos de gasto. Después...

Se preguntó quién daría trabajo a un inválido fracasado. Bruscamente, se sintió invadido por un singular desánimo.

El bar del astropuerto estaba cerca. Murney decidió que el importe de una copa no le haría menos rico.

Sentado ante una mesa, bebió melancólicamente, a pequeños sorbos. El porvenir se le presentaba muy negro.

Con dinero, ni la pérdida del brazo le hubiera preocupado. Pero hallándose en la ruina, la cosa variaba radicalmente.

De pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¿Capitán Murney?

El inválido levantó la cabeza. Delante de él había una hermosa mujer que le contemplaba con simpatía.

Era joven y muy esbelta, tanto, que casi parecía delgada, aunque se advertían en su cuerpo unas curvas netamente femeninas. Tenía el pelo negrísimo, casi azulado, y su piel era un tanto oscura. La leve oblicuidad de sus ojos confería a la joven un cierto exotismo, que la hacía incluso más atractiva.

—Ese soy yo, señora —contestó él, a la vez que se ponía en pie.

La desconocida extendió una mano.

—Por favor, capitán, no se levante —rogó—. Yo iba a sentarme con usted, si no le importa aceptar mi compañía durante unos momentos.

—La compañía de una mujer hermosa es siempre agradable. La mía, en cambio, sospecho debe ser detestable.

Ella rió suavemente.

—Se tira piedras a su propio tejado y eso no es bueno, capitán. ¡Camarera! —llamó de pronto.

—Sí, señora —dijo la interpelada.

—Café, por favor.

—Al momento, señora.

Mientras ella hacía el pedido, Murney la estudió sin demasiado disimulo. La bella desconocida vestía una especie de traje compuesto por una docena de túnicas de tejidos muy transparentes y de diversos colores, que componían un conjunto realmente subyugador. No llevaba joyas, salvo un reloj de pulsera, que parecía muy valioso.

La camarera sirvió el café. Mientras ella removía el azúcar, dijo:

—Capitán, creo que ya es hora de que conozca mi nombre. Me llamo Smaia 28-U-KÍ-994.

Murney frunció el ceño.

—Un típico apellido de Souldor-11, si no me equivoco —dijo.

—En efecto, soy souldoriana —confirmó ella—. Usted ha estado más de una vez en mi planeta.

—Sí, señora...

—Smaia, simplemente, por favor —rogó ella.

—Como usted guste —sonrió Murney—. Hablábamos de su planeta, creo —agregó.

—Sí, pero era sólo una mera referencia. Hablemos mejor de Ruwawud, capitán.

Hubo un momento de silencio. Murney miraba fijamente a su bella interlocutora.

—¿Qué se propone usted, Smaia? —preguntó al cabo.

Ella se reclinó en el sillón y le devolvió la mirada.

—Simplemente, contratar sus servicios para ir a Ruwawud —contestó.

—Smaia, tiene usted unos ojos preciosos, pero sospecho que necesita gafas para su miopía —dijo él secamente.

—No soy miope, capitán. Ya he visto su manga vacía. Y sé que el brazo fue a parar al estómago de un saurio exápodo.

—Suerte que sólo fue el brazo —sonrió él con amargura—. Conocí a dos que acabaron enteritos en los estómagos de sendos saurios exápodos.

—Lo cual significa que es usted un hombre afortunado, Holten... ¿O prefiere que le llame Lee, como hacen sus amigos? —consultó Smaia.

—A su gusto, pero le diré una cosa: ya no tengo amigos,

—Los perdió a todos en Hyinarund-6 —dijo ella.

—Quedan algunos por ahí, pero son los que pusieron dinero para la expedición. Ahora, naturalmente, no quieren ni oír hablar de mí.

—Lo cual significa que no eran verdaderos amigos.

Murney se encogió de hombros.

—Ya no me importa en absoluto —respondió con indiferencia—. Pero hablábamos de Ruwawud, Smaia.

—Sí, justamente.

—A Ruwawud sólo van los locos y eso con el cuerpo entero. Yo, ni estoy loco, ni tengo el cuerpo completo.

Smaia sonrió.

—El doctor Derl'srum completará su cuerpo, Lee —dijo.

—Conozco la fama de Derl'srum, Smaia. ¿Sabe lo que cobra por la reimplantación de un miembro, por insignificante que sea?

Smaia llevaba un pequeño bolso, que ahora tenía sobre el regazo. Sacó un talonario de cheques y lo colocó delante del inválido.

—Ahí tiene para pagar a Derl'srum —indicó.

* * *

Murney cerró los ojos un instante.

Smaia parecía hablar sinceramente. Pero, de pronto, se dijo que el ofrecimiento de aquella hermosa joven no era fruto de una simple obra caritativa.

—¿Qué pide a cambio de la factura del doctor Derl'srum? —preguntó.

—Simplemente, que me lleve a Ruwawud —contestó ella.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Smaia?

—Perfectamente, Lee. Por eso le pido que vaya a visitar al doctor

Derl'srum.

—Ir a Ruwawud es poco menos que un suicidio. Están los hombres-canes, los telépatas, los saurios exápodos, los gigantes... ¿Ha visto alguna vez a un gigante ruwawudiano, Smaia?

—No, sólo en fotografía, pero sé que son muy altos...

—Su estatura media es de veintiocho a treinta veces la de un hombre como yo. Y no les gustan los pigmeos de nuestra raza, ni siquiera para el aperitivo.

—Conozco los peligros de Ruwawud, pero estoy segura de que usted sabrá sortearlos todos —aseguró ella.

—Smaia, ¿qué busca en aquel planeta? He estado dos veces y juré no volver allí nunca más... Oiga, no irá a decirme que le pertenece un cuarto de planeta o algo por el estilo y quiere reclamar su propiedad, de la que ha sido injustamente desposeída.

Smaia rió alegremente.

—No soy una reina expulsada de su trono y que busca a un héroe capaz de reconquistar el reino por ella —contestó—. Mis motivos son muchísimos más prosaicos. Económicos, es la palabra exacta.

—Bien, entonces, dígame qué es lo que busca en Ruwawud.

—El ruwadio, hombre —exclamó Smaia—. Parece mentira que no lo haya sabido comprender desde un principio.

Murney hizo un gesto de asentimiento.

—Tiene razón —convino—. Debí haberlo entendido apenas mencionó el nombre de Ruwawud. Pero, ¿ya sabe que del ruwadio se habla mucho, sin que nadie haya conseguido el menor fragmento de ese mineral?

Smaia sonrió enigmáticamente.

Abrió de nuevo el bolso y extrajo un trocito de lo que parecía cristal azulado, cuyo volumen no era superior a un centímetro cúbico. Hubiera podido parecer un zafiro ligeramente impuro, de no ser porque su color azul era inconfundible.

Murney contempló el mineral con ojos absortos. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Ese trozo vale, al menos, un cuarto de millón de créditos, que es la moneda intergaláctica.

—El volumen aproximado es de un centímetro cúbico. El precio del ruwadio, hoy día, es de dos mil créditos el milímetro cúbico. Ahora, calcule usted mismo el precio de la piedra que tengo en la mano —respondió la joven.

—Una cifra mareante —murmuró él.

—En efecto. Pero usted sabe muy bien que la principal virtud del ruwadio no está en su escasez o en su rareza, como sucede con los diamantes y demás piedras preciosas. Usted sabe de sobra por qué se busca tanto el ruwadio, ¿no es así, capitán?

—Por supuesto, Smaia.

—En tal caso, ¿qué me contesta usted?

Los ojos de Murney fueron al talonario de cheques que tenía ante sí. Lentamente, contestó:

—Hay veces en que una persona dice que daría uno de sus brazos por evitar tal o cual cosa, una situación peligrosa, por ejemplo, o un viaje lleno de riesgos. En mi caso, debo decir justamente todo lo contrario.

Smaia volvió a sonreír.

—No le importan los peores riesgos, con tal de recobrar el brazo perdido —adivinó.

—Exactamente.

—En tal caso, no le falta ya más que ponerse en manos del célebre cirujano doctor Derl'srum —dijo ella.

—Sí, pero su minuta debe alcanzar cifras astronómicas...

—Puede llegar a una cifra tal, que iguale el importe del trozo de ruwadio que acabo de enseñarle —indicó Smaia impasiblemente.

CAPITULO II

—Capitán, no todo depende de mí, como podrá comprender —dijo el doctor Derl'srum, una vez hubo conocido las pretensiones del inválido.

—Bien, ¿cuáles son las objeciones, doctor? —preguntó Murney.

Derl'srum le miró de hito en hito.

—Creo que tengo el brazo apropiado para sustituir al que le falta a usted, pero...

—¿Sí, doctor?

—Mi agenda está muy recargada, capitán.

Murney seguía contemplando al hombre que tenía frente a sí. Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, alto y delgado, medio calvo y con una barbita negra terminada en punta. Los ojos del cirujano eran penetrantes, vivaces; daban la sensación de no de jai-escapar el menor detalle de cuanto entraba en su campo de visión.

Murney decidió atacar de frente. O casi de frente.

—¿Cuáles son sus honorarios por una reimplantación de brazo, doctor? —preguntó.

—Oh, depende de muchos factores —contestó el galeno con aire voluble—. Pero, normalmente, la cifra no baja nunca de doscientos mil créditos.

Murney sonrió.

—Usted, doctor, tendrá sin duda alguna institución benéfica a la que ayuda y no sólo con consejos médicos; debe de conceder también becas y bolsas de estudio a estudiantes de Medicina, médicos posgraduados... A mí me gustaría contribuir a labor tan altruista —

manifestó, a la vez que sacaba el talonario de cheques, en el que podía firmar hasta dos millones y ahora ya con cargo a su cuenta corriente, después de una oportuna transferencia hecha por Smaia.

Un cheque por valor de un millón de créditos pasó a manos del asombrado cirujano.

—¿Para cuándo la operación, doctor? —preguntó Murney, gozándose de la estupefacción de Derl'srum.

El cirujano carraspeó para aclararse la voz.

—Un gesto muy elogiabile el suyo, capitán —dijo—. Sí, tengo un par de instituciones benéficas a las que ayudo y concedo varias becas y bolsas de estudio... Podríamos empezar mañana, es decir, ingresar en mi clínica para el tratamiento previo, pero antes de nada me gustaría hacerle unas advertencias, capitán.

—Adelante, doctor.

—Algunos pacientes no quieren hacerlo, por eso se lo consulto, capitán —dijo Derl'srum—. Una vez realizada la reimplantación del miembro, el paciente puede elegir entre la rehabilitación normal y rápida. Es decir, conseguir que el miembro reimplantado vuelva a funcionar tan bien como el que se perdió.

—Entiendo, doctor, pero, ¿cuál es la diferencia entre los sistemas?

—En el primer caso, el paciente puede tardar un año, y se han dado casos de tiempo mucho mayor, en volver a sentirse como antes de perder el miembro que le ha sido reimplantado. En el segundo, lo consigue por medio de una estancia de dos a cuatro semanas en la cámara de aceleración temporal.

—Creo que voy comprendiendo, doctor —dijo Murney—. Siga, se lo ruego.

—En esa cámara y en tan breve período de tiempo, el paciente

recupera el uso completo y las fuerzas del miembro reimplantado, sin enterarse siquiera de lo que le sucede; es decir, permanece en la inconsciencia desde el momento de la anestesia para la intervención en el quirófano. Luego necesita una semana normal para acabar de habituarse a su nuevo miembro, pero, corrientemente, en un mes, tras la operación, está listo para hacer vida normal.

—Yo quiero ir a la cámara de aceleración temporal, doctor —manifestó Murney con voz tajante.

—Aguarde un momento, capitán. Después de reimplantado el brazo que le falta, mis instrumentos me indicarán el tiempo que debe permanecer en esa cámara y que, repito, no es inferior a un año. Usted tiene ahora treinta y seis...

—Treinta y cuatro años, doctor —puntualizó el inválido.

—Bien, cuando salga de la cámara, tendrá treinta y cinco años. Por eso se dice que es de aceleración temporal, porque el tiempo corre allí a enorme velocidad; en dos o tres semanas, transcurre el tiempo correspondiente a un año, o más, si se precisa. Hay pacientes a ,los que no les gusta la perspectiva, como puede comprender.

—Iré a la cámara —repitió Murney, obstinado—. Y, ¿no se puede dar un año de vida a cambio de un brazo?

Derl'srum sonrió.

—Sobre todo, ahora que la media de la existencia humana es tan grande —contestó—. ¿Sabría usted calcular mi edad, capitán?

—Cuarenta y ocho años, como máximo, doctor.

El cirujano volvió a reír.

—Tengo noventa y uno —contestó—. De modo que usted puede perfectamente perder un año de su vida y no creo que vaya a lamentarlo.

—No, no lo lamentaré, doctor —aseguró Murney.

* * *

Murney llegó a la habitación del hotel en donde se alojaba, sumido en un estado poco menos que de éxtasis. Sí, sabía que iba a correr enormes riesgos en Ruwawud, pero no le importaba nada. Iba a recobrar su brazo y...

La presencia del hombre que estaba en su habitación cortó en seco sus pensamientos. Tratábase de un hombre alto, muy fornido y de poblada barba negra.

—Creo que se ha confundido, señor —dijo secamente.

—No, no me he confundido —respondió el desconocido—. Estoy en la habitación del capitán Murney. Usted, si no me equivoco.

—En efecto, así me llamo, ¿Quién es usted?

El desconocido hizo una leve inclinación de cabeza.

—Rex Cackooth, capitán —se presentó—. Deseo hacerle una proposición.

—Dudo mucho poder aceptarla, señor Cackooth —dijo Murney—. Mañana mismo me interno en una clínica médica, donde me reimplantarán el brazo que me falta. Ignoro el tiempo que permaneceré hospitalizado ..

—Esa no es cuestión de gran interés. El asunto que me trae aquí puede ser resuelto en pocos minutos, capitán.

—Bien, diga, señor Cackooth.

—Se trata de su viaje a Ruwawud.

Murney se puso en guardia instantáneamente.

—¿Quién le ha dicho que pienso ir a Ruwawud? —preguntó.

Cackooth hizo un gesto banal con la mano.

—Oh, eso no tiene importancia —repuso—. Lo que sí la tiene, y muy grande, es el permiso para ir a Ruwawud. Sólo se concede uno por año... y yo quiero comprarle el suyo, capitán. Ponga su precio; pagaré sin rechistar lo que usted me pida.

—Lo siento, el permiso no es mío. No puedo, por tanto, ceder algo que no me pertenece —dijo Murney.

Las enormes cejas del visitante se alzaron un momento.

—Oh, yo creía...

—Le informaron mal, señor Cackooth —sonrió Murney.

—Entonces, ¿quién es el propietario de ese permiso? Le pagaría lo que él me pidiera...

—Lo siento. Debo acogerme al socorrido recurso del secreto profesional, señor —dijo Murney.

Cackooth procuró mostrarse cortés.

—Lamento las molestias que le he causado, capitán —se despidió.

—Ha sido un placer —respondió el inválido.

Al quedarse solo, pensó que le hubiera gustado que Smaia conociese el incidente, pero no podía comunicárselo, porque la joven no le había dicho dónde se alojaba. Smaia le buscaría al hallarse restablecido; eso era todo lo que sabía de ella.

* * *

Después de cenar, Murney decidió que no estaría de más un rato de moderada diversión. El hotel en que se alojaba disponía de una gran

sala de fiestas, en la que actuaban diversos artistas, con cuyos números se distrajo un buen rato.

No lejos de él había una hermosa mujer de unos veintiocho años, audazmente vestida, que parecía igualmente muy entretenida con el espectáculo. Murney la encontró de gran atractivo, sobre todo, por la frondosa cabellera de color rubio muy claro que descendía hasta más abajo de su esbelta cintura.

Ella le miró también algunas veces, aunque de una forma recatada. Era una lástima, pensó Murney; una presa, cuya «captura» hubiera merecido la pena intentar, de no haber sido por sus especiales circunstancias.

La rubia se levantó y abandonó el local. Murney, pensando en que no debía prolongar demasiado su velada, la imitó a poco.

Minutos más tarde, encontró a la joven delante de la puerta de uno de los cuartos del hotel, muy ocupada en buscar algo en su bolso. Ella parecía bastante contrariada.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —dijo Murney obsequiosamente—. Aunque sólo tengo un brazo...

—Oh, se trata solamente de mi llave... Ya la tengo aquí —exclamó ella de pronto.

Pero la llave cayó al suelo y a Murney no le quedó otro remedio que inclinarse.

—Gracias, es usted muy amable, señor —dijo la joven con voz acariciadora.

—Capitán Murney, a sus órdenes, señora —se presentó él.

—Soy Dylla Bdynus. Encantada de conocerle personalmente, capitán.

—Ah, personalmente... Eso significa que ha oído mi nombre en alguna

ocasión antes de ahora, señora Bdynus.

—Lo he oído, en efecto —admitió—. Pero no hablemos en el pasillo. ¿Quiere tomar una copa conmigo.

Murney vaciló un instante.

La aventura era tentadora. Y Dylla era una mujer muy hermosa.

—Acepto encantado, señora —contestó.

Entraron en la habitación, una de las más lujosas del hotel. Dylla indicó una mesita con licores.

—Sirva dos copas, capitán —solicitó—. Volveré dentro de unos minutos.

—Pero aún no sé qué es lo que prefiere usted...

Dylla, ya en la puerta del dormitorio, se volvió y le dirigió una hechicera sonrisa.

—Trate de adivinar mis preferencias, Lee —contestó.

Murney se quedó a solas unos instantes. Preparó dos copas y esperó.

Dylla apareció minutos más tarde. Murney creyó quedarse sin habla.

Ella vestía ahora solamente una especie de manto de color rojo muy oscuro, de tejido casi completamente transparente. El cuerpo que se adivinaba bajo la ropa poseía unas formas de diosa.

—¿Ha adivinado ya lo que me gusta beber, Lee?

—Espero no haber fracasado —contestó él.

—En cierto modo, sí, porque hubiera bastado con una sola copa... para los dos.

Dylla se le acercó y le quitó las copas de las manos. Luego se colgó de su cuello.

Murney contempló un instante las pupilas de la joven. Brillaban en ellas unos puntitos rojizos, como diminutos rubíes. Pero los labios de Dylla eran cálidos, apasionados.

* * *

—Estuve llamándole durante casi toda la noche —dijo Smaia a la mañana siguiente.

—Oh, no lo sabía... He dormido tan profundamente... —se disculpó Murney.

—No mienta, Lee. Al menos, sea lo suficientemente hombre para decir la verdad. Estuvo con una tal Dylla Bdynus.

Murney apretó los labios.

—¿Lo tenía prohibido? —preguntó, irritado.

—No, aunque debiera haberse fijado mejor en la clase de pájara que le atraía a una aventura más o menos amorosa.

—¿Acaso Dylla es una ladrona? —se burló él.

—Sí, de mentes.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Murney chasqueó los dedos.

Smaia le contemplaba a través de la pantalla del videófono.

—Lo ha adivinado ya, ¿verdad? —dijo, irónica.

—Debí haberlo recordado mucho antes —gruñó él—. Aquellas pupilas tenían algo conocido para mí...

—Dylla le hizo olvidarlo. Y no se crea que le buscó sólo porque usted es un hombre atractivo. Imagínese el objetivo de esa bruja.

—Creo que comprendo, Smaia. Lo siento, créame que lo siento.

—Ahora, Dylla sabe ya muchas cosas. Tendré que esconderme, Lee.

—Entonces, nos veremos cuando haya salido de la clínica.

—Justamente. Adiós...

—¡No, aguarde un momento, Smaia!

—¿Qué le sucede, ahora, Lee? —preguntó intrigada.

—Por lo visto, tiene usted el único permiso que se ha concedido este año para ir a Ruwawud —dijo Murney.

—Así es, pero, ¿quién se lo ha dicho a usted?

—Un tipo muy bien enterado del asunto. Quería comprármelo a cualquier precio. Yo me negué, incluso a revelarle el nombre de la dueña de ese permiso. Se lo digo para que esté prevenida, Smaia.

—Gracias por su información, Lee. Lo tendré en cuenta.

—El tipo se llama Rex Cackooth. No sé quién es ni conozco más detalles, pero estimo conveniente que indague usted mientras yo esté en la clínica.

—Lo haré —prometió ella—. Suerte, Lee.

—Hasta la vista, Smaia.

CAPITULO III

Los dos hombres, vestidos con sendas batas blancas, penetraron resueltamente en el vestíbulo de la clínica. La recepcionista abandonó en el acto su actitud de hastío.

—Novena planta, letra E —indicó la mujer.

Los recién llegados asintieron. Luego se dirigieron hacia uno de los ascensores.

La recepcionista volvió a tomar un aire de aburrimiento. El silencio, a las tres de la madrugada, era absoluto.

Momentos más tarde, los dos hombres abandonaron el ascensor en la novena planta. Al salir, se cruzaron con una enfermera que llevaba una libreta en las manos, como si consultase los distintos tratamientos que era preciso aplicar a los pacientes.

Ella les dirigió una mirada casual por encima de sus lentes de gruesa montura. Uno de los sujetos sonrió.

—Buenas noches, enfermera.

—Buenas noches, doctor.

El hombre que había hablado miró a su compañero y le guiñó un ojo como indicándole que el disfraz había dado un buen resultado. Luego, sin más tardanza, se encaminaron hacia la puerta señalada con la letra E.

La enfermera había desaparecido en otra habitación. Los falsos médicos entraron en el cuarto donde se hallaba Murney.

Era una habitación de gran tamaño, en cuyo centro se veía un enorme cilindro de metal, con la parte superior encristalada. Ello permitía observar al paciente, que permanecía completamente dormido.

Murney vestía un simple ceñidor. En las inmediaciones del hombro izquierdo se veía todavía un círculo rosado, que señalaba el lugar donde había sido empalmado el brazo que sustituiría al que había perdido.

Delante del cilindro había un gran pupitre de mando, con numerosos controles. Los intrusos se acercaron al pupitre.

—¿Y ahora? —dijo uno de ellos.

El otro señaló una pequeña palanca.

—Aceleración —contestó.

—No comprendo bien...

—La cámara actúa con un determinado ritmo de aceleración, aproximadamente, dos o tres semanas por un año. Nosotros aumentaremos ese ritmo mucho más.

—¿Cuánto?

El hombre sonrió malignamente.

—Doscientos años por tres semanas —contestó.

Su compañero se estremeció.

—Entonces, saldrá hecho un viejo matusalénico...

—Eso es, justamente, lo que pretendemos, Jubb. Simplemente, arreglaremos un poco los instrumentos de control y todo aparecerá normal, hasta que resulte demasiado tarde. Anda, vigila la puerta; yo voy a empezar a trabajar.

Jubb asintió y se acercó a la puerta. Abrió un instante y vio que el pasillo se hallaba desierto y silencioso.

—Todo en orden, Slukey —informó a media voz.

Slukey se abrió el chaquetón, bajo el cual llevaba un ancho cinturón repleto de herramientas de todas clases y gran precisión. Sacó una especie de desatornillador y lo acercó a la consola de mando.

Súbitamente, se quedó sin el destornillador y sin la mano derecha.

Slukey abrió la boca. Se preguntó si estaría soñando.

Luego pegó un chillido. Jubb se volvió,

Entonces fue cuando los dos sujetos vieron a la enfermera de las gafas, que se hallaba en la puerta opuesta. La enfermera tenía en la mano una pistola de voluminoso cañón.

Era una pistola descohesionadora. Del muñón que había quedado en el brazo de Slukey brotaba ahora una leve columnita de humo.

Jubb reaccionó. Saltó a un lado y sacó una pistola análoga.

La enfermera disparó dos veces. Dos cuerpos humanos se convirtieron en humo.

Una sonrisa apareció en los labios de la enfermera. Se quitó las gafas un instante y se acercó a la cámara de aceleración temporal.

—Todo marcha bien —murmuró Smaia.

* * *

Murney flexionó los dedos de la mano izquierda.

—¿Qué tal se siente? —le preguntó el cirujano.

—Como nuevo, doctor —sonrió Murney—. Apenas si puedo creer en lo que estoy viendo...

—Tiene usted una vista magnífica, capitán —dijo Derl'srum—. Dentro de una semana, ni siquiera se acordará de que ese brazo no es el mismo que trajo al mundo cuando nació.

Murney alargó la mano derecha hacia el galeno.

—No sé cómo agradecerle, doctor...

Derl'srum se echó a reír.

—Tengo fama de interesado, lo cual es cierto —manifestó—. Pero me siento enormemente satisfecho cada vez que veo a un paciente que se marcha contento de mi labor. Capitán, usted ya no tiene que agradecerme nada.

—Doctor, tengo un brazo nuevo gracias a usted.

—Y gracias, sobre todo, a un millón de créditos. Me gusta ser franco, capitán, brutalmente franco.

Murney ya no quiso decir nada más. Tenía el cuerpo entero de nuevo y eso era lo que importaba.

Una hora más tarde, estaba de nuevo en el hotel. Apenas había entrado en su habitación, sonó el zumbador del videófono.

Esperanzado, corrió hacia el aparato. Con gran decepción, vio que la llamada no era de Smaia.

—¿Capitán? —dijo Cackooth.

—Hola —contestó el joven secamente—. ¿Qué desea de mí?

—Solamente una cosa: es usted un hombre afortunado. Pero su buena suerte no durará siempre. Adiós.

Cackooth cortó la comunicación, dejando a Murney sumido en la perplejidad.

—¿Por qué diablos habrá dicho una cosa semejante? —masculló.

—Tiene motivos sobrados para sentirse disgustado —sonó de pronto la voz de Smaia. Murney se volvió en el acto.

—¡Usted! —exclamó.

—Aquí me tiene —sonrió la joven—. ¿Qué tal su nuevo brazo?

—Magnífico. Dentro de una semana, ni me acordaré de él. Bueno, quiero decir que lo podré emplear con absoluta normalidad.

—Lo celebro infinito, Lee. Ahora, si le parece, hablaremos de nuestra expedición a Ruwawud.

—De acuerdo, aunque antes tendrá que explicarme por qué sabe usted que Cackooth tiene que sentirse disgustado.

—Oh, a cualquiera, en su caso, le sucedería lo mismo. Envié a dos de sus secuaces a la clínica del doctor Derl'srum para falsear las indicaciones de los instrumentos de la cámara de aceleración temporal.

Murney se quedó con la boca abierta.

—No entiendo...

—Simplemente, querían que usted saliera de allí convertido en un venerable anciano de doscientos años de edad.

—Oh, ya comprendo —murmuró él—. Pero mi aspecto es el mismo, Smaia.

—Sí, desde luego. La enfermera de guardia intervino eficazmente.

Murney fijó los ojos en Smaia.

—Usted —adivinó.

—En efecto —admitió ella—. No podía consentir que mi más eficiente colaborador se convirtiese en un vejestorio, antes de tiempo, naturalmente.

—¿Qué les pasó a los hombres de Cackooth?

Ella hizo un gesto con las dos manos.

—Humo —respondió—. Estaban armados, Lee.

—Entonces, me salvó la vida.

—Bueno, digamos que evité que muriese antes de tiempo. Todavía le quedan ciento sesenta o ciento setenta años por delante, Lee. Pero hablemos del viaje a Ruwawud.

—Sí, es cierto —exclamó él—. Resulta un tema muy interesante, aunque el problema estriba, a mi entender, en hallar el yacimiento de ruwadio.

Smaia sonrió.

—Resultará menos difícil de lo que piensa —contestó—. «Ruwadio llama a ruwadio». ¿No ha oído nunca esa frase, Lee?

* * *

Murney contempló aquella especie de brújula que Smaia había extraído de una caja que transportaba en su bolso. Tanto la brújula como la aguja de orientación eran mayores de lo corriente.

En la aguja se veía una piedra azul. Mientras él examinaba el instrumento, Smaia hablaba:

—El fragmento de ruwadio adherido a la brújula señalará indefectiblemente la dirección que hemos de tomar, cualquiera que sea el punto en que nos hallemos, siempre que estemos en la superficie de Ruwawud, por supuesto. A mayor distancia, el yacimiento de mineral no ejerce la menor atracción sobre otros fragmentos de ruwadio, ni aunque pesaran cientos de toneladas. Es un fenómeno no explicado satisfactoriamente por los científicos, pero se produce y es todo cuanto nos interesa saber.

—De acuerdo —convino Murney—. Pero usted no me ha explicado

todavía cómo ha llegado a su poder ese trocito de ruwadio.

—Otro día —repuso Smaia evasivamente—. Sigamos con los preparativos del viaje.

—Bien, a su gusto. ¿Cuántos más iremos a Ruwawud?

—Los dos solos, Lee. Murney respingó.

—Está loca —bufó—. Dos personas solas no pueden...

—Tenemos que poder, Lee —le interrumpió ella con firmeza—. No quiero que venga nadie más en la expedición.

—Fracasaremos, Smaia —pronosticó Murney.

—Si sigue así, empezaré a pensar que he hecho una mala inversión de mi dinero, Lee —dijo la joven fríamente.

Murney se encogió de hombros.

—Ya no puedo echarme atrás —dijo—. Pero si lo hubiera sabido...

—Estaría ahora pidiendo limosna en alguna esquina de Maxicity —contestó Smaia, implacable—. ¿Conoce las naves tipo «Sturm-10»?

—Bastante bien, modestia aparte. Pero hay aparatos mejores, Smaia.

—Lo sé. Sin embargo, una «Sturm-10» nos llevará igualmente a Ruwawud y no tendré necesidad de gastar tal vez el doble de dinero en una «Krall-01», por ejemplo. Una «Krall-01» es, además, muy escandalosa, me refiero a la curiosidad que despertaría su compra y el viaje de dos personas solamente en una nave capaz para cincuenta.

—Tiene usted argumentos para casi todo, aunque olvida algunas cosas, Smaia.

—¿Por ejemplo?

—Cackooth. Y Dylla Bdynus. Ellos saben que vamos a ir a Ruwawud y quieren «pisarnos» el negocio.

Smaia se encogió de hombros.

—Sólo hay un permiso y lo tengo yo —contestó.

—Sí, pero, entre las cosas que debo hacer, antes de emprender el viaje, una de ellas es buscar a Dylla y hablar largo y tendido con ella.

CAPITULO IV

El hermoso rostro de Dylla se iluminó al reconocer a su visitante.

—Lee —dijo, tendiéndole una mano—. Pareces otro con tu brazo nuevo. Incluso te encuentro más joven.., Hasta con más pelo, diría yo.

—Me creció durante la estancia en la cámara de aceleración temporal y no he querido cortármelo —explicó Murney—. Oye, ¿sabes que tienes una casa muy ele-gente?

La mirada del visitante recorrió la decoración de la sala en la que se hallaba. Dylla sonrió, halagada.

—El hotel era sólo un alojamiento provisional —explicó—. Encontré esta casa, el precio me pareció conveniente y la alquilé, eso es todo.

—Has tenido buen gusto, desde luego —elogió Murney.

—Voy a pasar una temporada en Nováfrica y quiero vivir con la mayor comodidad posible. Pero no te he invitado a beber todavía, Lee.

—Lléname la copa a tu gusto, Dylla.

Bebieron juntos, sentados en un mullido diván. Al cabo de un rato, Murney dijo:

—Dylla, la última vez que estuvimos juntos noté algo en ti y no sabía qué era. Ahora lo he recordado.

—¿Algo extraño, Lee?

—Según se mire. Tú eres telépata.

—Oh, sí, aunque no uso nunca esa facultad. Me gusta ser una mujer normal... en todos los sentidos —contestó ella, mientras le miraba profundamente.

—Bueno, pero, de todas formas... además de adivinar los pensamientos de los demás, puedes hacer que los otros vean las cosas que a ti se te antojen.

—¿Me sugieres que te haga una demostración de mis poderes, Lee?

—Si no te importa...

Dylla lanzó una suave risita. Agitó la mano y media docena de mujeres, todas absolutamente iguales a ella, aparecieron en la sala.

—Fantástico —aplaudió Murney.

Las seis jóvenes bailaron un rato. Luego fueron sustituidas por un fiero león, que rugía ensordecedoramente.

El león desapareció y en su lugar surgió un arrogante caballo negro como la noche. Murney pedía más cosas continuamente.

Al cabo de un rato, Dylla interrumpió el juego.

—Me siento un poco cansada —se quejó.

Murney la abrazó fuertemente.

—La culpa es mía —dijo—. Pobrecita, he forzado tu mente demasiado. Ahora te conviene descansar un poco.

—A tu lado —sonrió Dylla.

—Claro, hermosa.

Murney la miró fijamente durante unos segundos. El pecho de Dylla palpitaba suavemente.

Ella parecía dormida, a pesar de tener los ojos abiertos. Transcurrió un minuto.

Murney se separó de Dylla y la dejó en el diván. La joven dormía

ahora profundamente, de un modo real.

—Aunque sólo sea en sentido metafórico, te he arrancado los dientes
—murmuró él, en el momento de cruzar la puerta de salida.

Salió a la calle. Había ido en un aeromóvil y ya se disponía a montar en el vehículo, cuando oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Capitán Murney!

El joven se volvió. Parado en la acera, a pocos pasos de distancia, un hombre le apuntaba con una pistola.

—Venga —indicó el sujeto, señalando otro aeromóvil detenido un poco más adelante.

—¿Por qué he de ir? —preguntó Murney. —Hay alguien que quiere hablar con usted. Se llama Cackooth.

Murney sonrió. Súbitamente, un enorme sabueso surgió de las sombras y aferró la muñeca del esbirro con sus poderosos colmillos.

El conductor del aeromóvil saltó al suelo, dispuesto a ayudar a su compañero. Una muía se hizo visible y empezó a coces con él, arrancándole vivos gritos de dolor. El hombre rodó por tierra, se levantó, pero la muía, no estando satisfecha, le atacó a mordiscos.

Murney se metió en su aeromóvil. Las visiones que los dos sujetos creían reales, durarían todavía algunos segundos, los suficientes para alejarse de aquel lugar sin peligro alguno.

* * *

Smaia entró en el cuarto de baño y se metió bajo la ducha. Presionó un botón, pero lo que salió por la regadera no fue agua precisamente.

Era una serpiente que reía de forma burlona.

—Hola —dijo el reptil con una vocecita más bien chillona.

Smaia pegó un grito que hizo retemblar las paredes. Dio media vuelta y arrancó a correr a toda velocidad.

—¡Te olvidas de la bata! —dijo la serpiente.

Smaia se dio cuenta demasiado tarde, cuando ya se hallaba en la sala, desnuda, frente a un divertido visitante.

—Lee —gritó la joven, llena de rubor.

Corrió al dormitorio, arrancó las sábanas de la cama y se envolvió el cuerpo con una de ellas.

—Hay una serpiente en el baño, Lee —dijo a voz en cuello.

—¿Seguro? ¿No será un «setter»?

El perro se materializó a los pies de la joven. La cola del can se agitaba alegremente.

—¡Lee! ¿Qué es lo que sucede? —preguntó ella, muy alarmada—. Estoy viendo visiones...

—¿No le gustan los perros? ¿Tiene preferencia por algún otro animal doméstico?

Ella asomó a la puerta, sujetándose la sábana con un brazo.

—¿Por qué no se explica, Lee? —pidió secamente.

—Ese vestido no me gusta en absoluto —dijo él.

Agitó las manos y exclamó:

—*Ale hop!*

La sábana se convirtió en un lujoso traje de noche de tejido de oro.

—Mírese al espejo, Smaia —indicó Murney.

Ella volvió a gritar:

—Lee, es usted un telépata...

—Nada de eso, Smaia. Simplemente, he dejado a Dylla sin sus poderes mentales. O, por lo menos, ha quedado en situación de inferioridad con respecto a mí.

—No... no comprendo, Lee...

Murney se llevó la mano a la cabeza. Dio un fuerte tirón y se quedó con una peluca en la mano.

El cabello que había dejado era idéntico. Smaia le contempló aturdida.

—De modo que por eso fue a ver a Dylla —adivinó.

—Sí, justamente. Bajo la peluca hay un poderoso activador de ondas cerebrales, que opera según los deseos del que lo utiliza. En lugar de hacerlo actuar como emisor, lo hice que funcionase como receptor.

—Y «vacío» la mente de Dylla.

—Bueno, ella es ahora más o menos como usted, en el sentido mental, me refiero. El receptor «succionó» sus poderes y me los traspasó a mí. Pero es una situación temporal, no definitiva.

—¿Qué quiere decir eso, Lee?

—Simplemente, yo no soy de raza telepática. Iré perdiendo gradualmente mis facultades y Dylla las recobrará al cabo de un tiempo, también de modo gradual. Pero cuando eso suceda, nosotros ya estaremos en Ruwawud y ella no nos molestará en absoluto.

—Todo eso está muy bien, Lee, es una brillante idea, pero ha olvidado una cosa.

—Dígame, Smaia.

—Es muy sencillo. En Ruwawud hay, por lo menos, una tribu de la raza telépata, compuesta por varios miles de individuos. ¿Piensa arrebatarles a todos sus poderes mentales?

—Caramba, lo había olvidado —murmuró él, muy preocupado—. Tendré que idear algo para solventar ese inconveniente, si nos tropezamos con ellos.

—Lo que tenemos que hacer ahora es ultimar los preparativos del viaje, Lee —dijo Smaia.

La mente del joven se concentró en las últimas palabras de Smaia. De pronto, ella lanzó un chillido:

—Lee, mi traje. Ahora sólo me queda la sábana.

Murney se echó a reír.

—Será mejor que se ponga un vestido auténtico —aconsejó—. Cuando haya terminado de cambiarse, venga y hablaremos de la «Sturm-10».

* * *

Dos semanas más tarde, Ruwawud apareció en las pantallas detectoras de la astronave.

—Bueno, el viaje se ha realizado sin incidentes dijo Smaia—. Ahora ya sólo nos falta elegir el lugar adecuado para el aterrizaje, Lee.

—¿Tiene usted alguna idea formada al respecto? —preguntó él, atento a los mandos de la nave.

Smaia encendió la pantalla de los mapas. El de Ruwawud se hizo visible a los pocos momentos.

—Creo que en la cuadrícula E-5-W-18 encontraremos el lugar más idóneo —contestó.

Murney trazó el rumbo y lo programó en la computadora. Cuatro horas más tarde, la nave sacaba el tren de aterrizaje.

Desde las lucernas, vieron el paisaje. A Murney no le gustó en absoluto.

—Este no es buen sitio —calificó.

—Se trata solamente de un aterrizaje provisional —alegó ella—. Necesitamos hacer funcionar la brújula de ruwadio, y para ello hemos de tomar tierra inapelablemente.

—Muy bien, usted manda.

La nave había posado al borde de una extensísima llanura, cubierta de una hierba rojiza y muy áspera, casi como espinas. Murney recomendó a la joven que se calzase botas fuertes.

—Que sean altas, de las que llegan a medio muslo —añadió.

—Es un buen consejo —admitió Smaia.

Momentos más tarde, la joven se disponía a salir de la nave. Murney abrió la escotilla.

Smaia saltó fuera y se alejó una docena de pasos, con la brújula en la mano y un liviano trípode en la otra. Armó el aparato e inició la primera observación.

La aguja permaneció inmóvil. Smaia frunció el ceño.

—Esto no funciona —dijo.

—¿Qué pasa, Smaia? —preguntó Murney, desde la escotilla.

Smaia se volvió hacia él.

—La brújula —contestó—. No funciona. La aguja está quieta.

—Bueno, quizá señalaba desde el principio la dirección adecuada...

—Lee, no se ha movido ni una sola vez.

—Tendrá que desarmar la brújula. Tal vez la aguja está agarrotada.

—Quizá —dijo ella, preocupada por el incidente, que le parecía sumamente extraño.

De pronto, Murney lanzó un grito:

—¡Quieta, Smaia, no se mueva en absoluto! Siga donde está, por lo que más quiera.

CAPÍTULO V

La joven se inmovilizó en el acto. Tenía los ojos fijos en Murney y le vio llevarse la mano a la pistola, con un gesto lleno de lentitud.

—Siga como está —aconsejó él—. No respire siquiera. Detrás de usted hay una boa gigante.

Smaia sintió frío. Había oído hablar de las boas gigantes de Ruwawud, reptiles gigantescos que alcanzaban treinta y más metros de largo, por casi dos de diámetro. Para un animal semejante, engullir a una persona era poco menos que un juego de niños.

La joven oyó tras sí una respiración sibilante. Las boas de Ruwawud no eran como las terrestres, no la apresaría en sus anillos: simplemente, la atraparía con su boca y empezaría a tragársela.

La pistola descohesionadora de Murney surgió al descubierto. Se oyó un leve chasquido y la gigantesca cabeza del reptil se volatilizó instantáneamente.

—Aquí, Smaia.

Ella saltó hacia delante. El suelo se movía como sacudido por un terremoto.

Enormes terrones de tierra volaban por los aires, junto con masas de hierba rojiza. Smaia se sintió izada a la nave y, desde un lugar seguro, se volvió para contemplar el singular espectáculo.

Más de veinte metros de suelo habían saltado por el aire. Aquel pequeño terremoto, sin embargo, cesó a los pocos momentos.

—Las boas ruwawudianas viven en profundos túneles que excavan ellas mismas —explicó Murney—. Yo le arranqué la cabeza de un disparo, pero el cuerpo siguió moviéndose durante unos minutos. Eran sacudidas involuntarias, como hubiera sucedido igualmente con cualquier otra serpiente terrestre.

Smaia asintió.

—He pasado un miedo terrible —confesó.

—Usted no vio a la boa asomar la cabeza por el suelo —dijo Murney—. Eso sí le hubiera dado miedo.

—Por lo visto, me situé cerca de su nido.

—Así es, y el reptil olfateó comida. —Murney la miró de pies a cabeza—. Un buen bocado, evidentemente.

—¿Es que no sabe hablar en serio? —dijo, irritada—. He estado a punto de morir devorada, mi brújula de ruwadio no funciona...

—Es cierto —exclamó Murney—. Usted dijo que la aguja permanecía inmóvil.

—No lo entiendo, Lee. En Nováfrika funcionaba perfectamente, quiero decir que la aguja se movía al menos. Pero aquí...

—Voy a traer la brújula. Quédese aquí, Smaia.

Murney saltó al suelo y corrió hacia el trípode, con el que cargó sin pérdida de tiempo. La tierra se movió aún de cuando en cuando, lo que indicaba que la vida no se había extinguido por completo en el

decapitado cuerpo del reptil.

—Quite la brújula del trípode —indicó él—. Luego levante la tapa y desenganche la aguja.

—Está bien.

Murney se fue hacia el cuarto de pertrechos, de donde vino a los pocos instantes con una gran caja en la mano. Levantó la tapa y desenrolló dos cables, que conectó a sendas tomas de corriente.

—Es un analizador de minerales —explicó—. Entre otras cosas, dispone de un densímetro.

—Se conoce perfectamente la densidad del ruwadio —dijo Smaia—. Un centímetro cúbico mineral pesa exactamente seis gramos y novecientos dos miligramos.

Por medio de unas pinzas, Murney despegó la piedra azul de la aguja. Luego la situó en el alvéolo correspondiente del densímetro y, acto seguido, tocó una tecla.

Una aguja funcionó en el acto en una esfera. La aguja, después de un par de oscilaciones, se paró en la cifra 6,837.

La boca de Smaia formó una O de asombro.

—Cielos, no es ruwadio —exclamó, pasmada.

—Se le parece mucho, pero en efecto, no lo es —corroboró Murney.

Hubo un momento de silencio. De repente, la tierra volvió a temblar.

* * *

Eran unas sacudidas rítmicas, que se repetían cada determinado período de tiempo. Murney supo en seguida que no procedían de las últimas convulsiones del cuerpo de la boa.

Smaia corrió hacia una de las lucernas. Un chillido de espanto brotó en el acto de su garganta:

—¡Lee, los gigantes!

Murney se precipitó hacia los mandos del aparato. Resultaba imperativo abandonar' aquel paraje.

Pero no pudo accionar siquiera la tecla de contacto. Algo movió la astronave.

Smaia volvió a gritar, al sentirse perder el equilibrio. Murney rodó también por el suelo de la cabina.

La escotilla estaba abierta de par en par. Smaia se precipitó chillando a través del hueco.

Murney gateó tras ella. De súbito, la nave se movió con más fuerza y la sacudida lo lanzó igualmente al exterior.

Rodó por la hierba. El choque no fue fuerte, aunque sí desagradable, debido a las hierbas punzantes, muchas de las cuales traspasaron la liviana ropa de su indumentaria. De pronto, notó que el sol de Ruwawud se oscurecía momentáneamente.

Una nube se interpuso, lanzando sombras sobre la pareja. Smaia estaba desmayada.

Murney se volvió boca arriba, tratando de sacar su pistola descohesionadora. Al tantear en la funda, la encontró vacía.

Una mano de dimensiones indescriptibles se le acercó aterradoramente. Murney sintió que se le ponían los pelos de punta.

Era una visión apocalíptica. Aquel individuo gigantesco no medía menos de cuarenta y cinco o cincuenta metros de altura. La mano, naturalmente, tenía las proporciones adecuadas.

Dos dedos le tomaron, sin embargo, con inusitada suavidad. Murney

se sintió separar del suelo con velocidad de vértigo.

A pesar de todo, conservó la suficiente serenidad para no realizar ningún movimiento comprometedor. Aquellos dedos eran, por lo menos, tan largos como su propio cuerpo. Los ojos y la boca del rostro al cual se acercaba parecían el fruto de una pesadilla.

Con el rabillo del ojo pudo ver tres o cuatro gigantes más, de los cuales uno era una mujer que, en tamaño normal, habría sido incluso agraciada. La vestimenta de aquellos colosos de carne y hueso era muy breve, lo justo para cubrir mínimamente determinadas regiones anatómicas.

Los gigantes hablaron.

Murney tuvo que taparse los oídos. El estruendo de la conversación que se desarrollaba en lo que, sin duda, era para los gigantes tonos naturales, resultaba ensordecedor para él.

La mujer se había apoderado, quizá por afinidad de sexo, de Smaia. La muchacha seguía todavía sin conocimiento.

La mano del gigante que tenía a Murney prisionero se alzó, hasta que el terrestre quedó a la altura de su boca y a una distancia de cuatro o cinco metros. El gigante se tapó la boca con la mano libre.

—Soy Turd —dijo, muy bajo. Sin embargo, a Murney le hizo el efecto de un trueno—. La mujer es Turdia, mi esposa. ¿Quiénes sois vosotros?

—Ella es Smaia. Yo soy Lee —contestó Murney a voz en cuello. Estaba seguro de que si no gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones, el gigante no le oiría bien.

—Está bien —sonrió Turd—. Smaia y tú sois nuestros ahora.

Murney se quedó helado de espanto al escuchar aquellas palabras. Antes de que pudiera decir nada, sintió que el gigante daba media

vuelta y se ponía en movimiento.

Turdia trotaba a su lado. Parecía muy alegre con la diminuta presa que le había tocado en suerte.

* * *

Una puerta, hecha de delgados y flexibles troncos, semejantes al bambú terrestre, se abrió. Murney fue obligado a pasar al otro lado, mediante la simple presión de un meñique gigantesco en su espalda. Dos enormes dedos depositaron a la inconsciente Smaia en el suelo de lo que Murney juzgaba su cárcel.

En realidad, era una gran jaula, que medía unos dos metros de altura, por cinco o seis de largo y tres de anchura. El suelo estaba cubierto de una especie de piel, muy suave y esponjosa.

La jaula subió rapidísimamente. Murney rodó sobre las pieles, pero el movimiento de ascenso cesó en seguida. No obstante, la jaula se balanceó todavía unos momentos.

Murney se puso de rodillas, a gatas, y miró a su alrededor. Hubiera dicho que estaba en el interior de una extraña catedral, pero, en realidad, se hallaba en el habitáculo del matrimonio de gigantes, hecho a base de losas de dimensiones descomunales. Turd y Turdia se movían apaciblemente por aquel espacio que parecía sin fin en todos los sentidos.

Delicadamente, Turdia abrió una pequeña compuerta de la jaula y metió algo en su interior. Se trataba de un diminuto cántaro de barro y de una especie de pan muy basto, aunque indudablemente, nutritivo. En la cazuela del pan, Murney vio un racimo de uva con granos casi tan grandes como huevos de avestruz.

El cántaro tenía un metro de altura. Había agua en su interior.

Murney tomó un poco con las manos y roció el rostro de Smaia. La joven despertó a los pocos momentos.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

Murney se echó a reír.

—Has hecho la pregunta clásica de toda persona que sale de un desmayo —contestó—. Eres prisionera de un matrimonio de gigantes.

Smaia se sentó de pronto en el suelo y miró a su alrededor.

—¡Estamos en una jaula! —chilló.

—Así es —admitió él filosóficamente—. Somos los pajaritos de los gigantes. Quizá pronto tengamos que cantar para divertirlos.

Smaia le miró con ojos dilatados por el horror.

—No sé cómo tienes ganas de bromear —dijo.

—Es preciso tomar las cosas con resignación. —Murney tanteó los barrotes con las manos—. La jaula es lo suficientemente sólida para no poder escapar de aquí —añadió.

Turdia apareció en aquel momento y metió en la jaula una especie de cuenco.

—Para que podáis beber —indicó.

El viento de su voz hizo oscilar la jaula. Smaia rodó nuevamente por el suelo.

—Al menos, podías haberte tapado la boca, Turdia —se quejó Murney.

—¿Cómo dices? —preguntó la gigante.

Murney movió una mano.

—Oh, no te preocupes —rezongó malhumorado.

Un gigante de pelo blanco se acercó a la jaula con un enorme disco de vidrio provisto de un mango y contempló a los prisioneros. El gigante tenía tapado el rostro con un paño blanco, a excepción de los ojos.

Turd estaba a su lado y también se había cubierto la boca.

—¿Qué opinas, Ithar? —preguntó.

—Interesante, muy interesante —contestó el otro—. Tienen una figura perfecta, una reproducción fidedigna de nuestros cuerpos, salvo que son por lo menos, treinta veces menores que nosotros.

—Hablan y tienen una inteligencia asombrosa —manifestó Turd—, Estoy seguro de que, si continúan más tiempo en la jaula, se reproducirán de una forma exactamente igual a la nuestra.

Smaia se puso colorada al escuchar aquellas palabras.

—Pero, ¿qué se habrán creído esos brutos? —dijo, muy irritada.

Murney se echó a reír.

—Mi tío-abuelo Fred cuidaba canarios y los hacía criar. Salvo por el aspecto, nosotros, para Turd y su esposa, desempeñamos el mismo papel.

—Pero no vamos a vivir aquí eternamente...

—¿Hay algún medio de escapar, Smaia?

—Creo que uno, en efecto —respondió ella.

Murney se sentó en el suelo y empezó a pelar uno de aquellos enormes granos de uva.

—Dígamelo y lo pondré en práctica —pidió.

—Su mente, Lee.

El joven hizo un signo negativo.

—Ya lo he pensado. No sirve —contestó.

—¿Por qué? ¿Ha agotado los poderes mentales que sustrajo al cerebro de Dylla?

—No es eso. Simplemente, ni siquiera Dylla poseería la suficiente fuerza mental para hacer aparecer monstruos que asustasen a los gigantes. Tanto su cerebro como el mío están condicionados por el tamaño de nuestros cuerpos y las circunstancias psíquicas en que se ha desarrollado nuestro intelecto. Cualquier cosa que hiciera en este sentido, créame, resultaría absolutamente inútil.

Smaia se arrodilló frente a él, para sentarse luego sobre sus talones.

—Entonces, ¿hemos de permanecer en esta jaula eternamente? —dijo con voz afligida.

Murney arreó un buen bocado al grano de uva, ya pelado.

—Un canario nace y muere en su jaula —dijo, con la boca llena—. Nosotros no es que hayamos nacido aquí, pero puede que acabemos nuestra existencia en la jaula. Y si tenemos hijos, les construirán otras jaulas y así, hasta el infinito.

—Oh, no, no —gimió la muchacha—. Eso no puede ser, tenemos que hacer algo para escapar de aquí...

—Por el momento, no se me ocurre ninguna idea —respondió él—. Ande, cómase un par de bocados de este grano de uva. ¡Es deliciosa!

Smaia hizo un gesto de desdén.

—No quiero —contestó—. Ayer me comí un solo grano y me entró un sueño terrible. Sufrí mareos y vértigos y esta mañana me he despertado con la boca muy seca. Prefiero comer pan a secas y beber

agua solamente.

Turd e Ithar continuaban hablando.

—Vendré a observarlos con frecuencia, si no tienes inconveniente —
dijo el segundo.

—Mi casa es tu casa —respondió Turd cortésmente.

CAPITULO VI

Los días pasaban monótonamente.

A veces, Turd, o su esposa, descolgaban la jaula y la sacaban al exterior. Murney había conseguido que los gigantes construyesen una segunda jaula, adosada a la primera, pero con los barrotes forrados por un trozo de tela.

Era un cuarto de aseo, en el que habían instalado un gran barreño con agua para sus abluciones. Murney había conseguido persuadir a Turd de que, entre los de su raza, la higiene se realizaba a solas y el gigante había accedido a la construcción de la segunda jaula.

La estructura general quedaba por las noches colgada del techo. Comida y bebida no les faltaba.

—Engordaremos —pronosticó Murney, después de dos semanas de cautiverio, mientras Turdía, al atardecer, se disponía a colgar la jaula.

—A veces me parece que estoy a punto de reventar —se quejó Smaia, mientras Turdía tiraba de la cuerda que, tras pasar por la roldana de una polea, hacía ascender la jaula casi a ras del techo.

La distancia hasta el suelo no era inferior a sesenta metros.

—No comprendo por qué nos suben a tanta altura —dijo Smaia.

—La explicación es bien sencilla —contestó Murney—. Saben que somos inteligentes y tratan de impedir nuestra evasión, lo que se podría realizar, si la jaula quedase más cerca del suelo.

Turdía trajo la cena: agua, pan y fruta, uva sobre todo.

—A ti te gusta mucho la uva, Lee —comentó Smaia.

—Es buena y nutritiva, aunque no conviene pasar del primer grano.

—¿Por qué? —quiso saber ella, muy intrigada.

—Tú comiste uno y no te sentó mal, como crees. La fruta, en sí, no te hizo daño. Sencillamente, te emborrachaste.

—¡Oh! —exclamó ella—. Es una uva de alto contenido alcohólico.

—Así es. Por lo visto, debe de tener algunas propiedades diferentes de la uva terrestre, que no emborracha sino después de exprimida...

Turd e Ithar entraron en aquel momento.

—Todavía no hay novedad —informó el primero.

—Oh, seguramente no ha llegado todavía la época del apareamiento —opinó Ithar—. Pero, en cualquier momento, se unirán y tendrás crías.

—¡Vaya! —resopló Smaia—. Nos tratan como animales...

—¿Y qué otra cosa somos para ellos? —respondió Murney con indiferencia.

—Resultará interesante tener crías de esta pareja —dijo Turd.

—Eres un hombre afortunado —sonrió Ithar bajo su máscara—. Por poseer una pareja de estos seres, cualquiera de nosotros daría algo importante.

—Cuando se hayan reproducido, te regalaré un par de crías, Ithar.

—El tipo es magnánimo con mis futuros hijos, ¿eh, Lee? —dijo la muchacha amargamente.

—Ah, pero, ¿piensas tenerlos?

Ella le volvió la espalda de repente. Murney, más resignado a su suerte, se sentó para pelar un grano de uva.

Los gigantes se habían marchado ya. Murney pegó un bocado a la fruta, ya pelada, pero, de repente, se inmovilizó, como si se hubiera convertido en una estatua.

Smaia miró por encima del hombro y le vio en aquella extraña actitud. Alarmada, fue a decir algo, pero Turdia entró en aquel momento.

Murney se puso en pie de un salto.

—¡Turdia! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

La gigante se detuvo y alzó un poco la cabeza.

—¿Qué quieres, Lee? —preguntó.

—Baja un poco la jaula —pidió Murney—. Deseo hablar contigo.

Turdia accedió. Su rostro quedó a la altura de la jaula.

—¿Y bien? —dijo.

—Os estamos muy agradecidos por el trato tan excelente que nos dais —dijo Murney—. Quisiéramos hacer algo en vuestro favor, Turdia; la gratitud debe demostrarse con algo más que con simples palabras.

Turdia sonrió. Smaia se estremeció al ver aquella boca en la que su cuerpo habría cabido con toda holgura.

—Bueno, si tanto te empeñas —dijo Turdia, escéptica—. ¿De qué se trata?

—¿Puedo preguntarte cuál es el término medio de vuestra existencia, Turdia?

—Oh, unos sesenta u ochenta años. No recuerdo de nadie que haya superado esa edad.

—Yo podría indicarte el medio para vivir el doble.

Los ojos de Turdia se iluminaron vivamente.

—¿Seguro, Lee?

—Somos inteligentes. En nuestro mundo, vivir doscientos años es cosa corriente. Naturalmente, empleamos métodos para prolongar la existencia. Y no son medicinas difíciles de obtener. Más bien diría que se encuentran en la naturaleza, con muy poco esfuerzo.

—¿Existe en Ruwawud alguna planta de la que se pueda extraer la medicina que prolongue la existencia? —preguntó Turdia ávidamente.

Murney se inclinó y agarró un grano de uva, gordo como un melón.

—Basta tomar una docena de buenos racimos y exprimirlos por completo sobre un recipiente adecuado. Debes colar o filtrar el líquido resultante, para limpiarlo de impurezas. Cuando hayas llenado una jarra de la que usáis vosotros, bebe un buen vaso. O mejor dos. Y tu esposo, también. Verás qué bien te encuentras al día siguiente, Turdia.

Smaia contuvo el aliento.

Ahora comprendía las intenciones del joven. ¿Picaría Turdia aquel anzuelo tan visible?

Turdia sonrió.

—¿Hay que tomar la medicina a diario? —preguntó.

—Oh, no, con un par de buenos vasos a la semana, es más que suficiente —contestó Murney con aire doctoral.

* * *

Los ronquidos hacían trepidar la jaula.

Smaia se tapó los oídos con las manos.

—Creo que voy a enloquecer... —se quejó.

—Animo —sonrió él, sin dejar de trabajar—. Turd y su esposa han pescado una borrachera monumental. La primera de su vida, por lo que se deduce.

—Parece como si no conociesen el vino —dijo ella.

—Ahora ya es seguro, aunque llegué a temer que Turdia no cayese en la trampa.

—Se han bebido lo menos cuarenta litros cada uno.

—Teniendo en cuenta que cada uno de sus vasos puede contener cien litros, no es mucho, en efecto. Pero sí resulta demasiado para unos organismos que desconocen por completo lo que es el alcohol.

La jaula estaba construida rústicamente, con los troncos atados por fibras vegetales. Murney terminó al fin su trabajo y volvió el cuchillo a la funda que tenía sujeta a la bota derecha.

—Por fortuna, no nos quitaron nada de lo que llevábamos puesto —murmuró, a la vez que se agarraba a dos de los barrotes superiores para pasar al techo de la jaula.

Una vez arriba, tiró de la muchacha. La cuerda de la que pendía la jaula no medía menos de cincuenta centímetros de grueso.

—Para los gigantes es un hilo —sonrió él, a la vez que se izaba a la roldana—. Sígueme y no mires hacia abajo; recuerda que son sesenta metros hasta el suelo.

Smaia asintió, aunque no pudo por menos de formular una objeción.

—Podíamos haberlo hecho mucho antes, Lee —dijo.

—Me ha costado casi seis horas de trabajo. Ellos nos vigilaban casi incesantemente —respondió él de forma significativa.

El otro extremo de la cuerda estaba atado a una anilla situada casi en la base del muro. Aquél casi, sin embargo, representaba para la pareja

una altura de cinco o seis metros.

Una gigantesca lámpara de aceite proporcionaba algo de luz a la estancia. Murney llegó a la anilla y vio que un trozo de la cuerda pendía libre, después del nudo correspondiente.

Agarrándose a las irregularidades de la soga, pudo alcanzar el extremo final. De allí al suelo había ya solamente un par de metros.

Smaia se descolgó instantes más tarde. Murney agarró su mano.

—Ven, sígueme —cuchicheó.

Los gigantes dormían, atroncados, en su lecho, que no tenía menos de doce o catorce metros de altura. Murney y Smaia corrieron hacia la puerta.

—Está cerrada —dijo ella.

Murney se tiró al suelo y empezó a arrastrarse sin más demora.

Smaia comprendió en el acto y le imitó. La puerta, lógicamente, tenía las dimensiones adecuadas al tamaño de quienes la utilizaban.

Pero el cierre, por el borde inferior, no era perfecto. Murney aprovechó la grieta de unión entre dos baldosas de diez metros de lado y pudo salvar aquel obstáculo.

Momentos después, se hallaban en libertad.

—Me parece mentira —dijo ella, tras lanzar un enorme suspiro.

—Ahórrate los comentarios. Lo que conviene ahora es mover las piernas, y rápido, Smaia.

Echaron a correr. La ciudad de los gigantes estaba desierta y a oscuras.

Los edificios impresionaban, pero no tanto por su altura, puesto que

tanto Murney como Smaia los habían visto más altos, sino por los huecos de sus puertas y ventanas, que tenían las dimensiones proporcionadas para ser usadas por los habitantes de aquella ciudad. No obstante, la urbe era de menores dimensiones de lo que podía parecer y antes de media hora se hallaban ya en campo abierto.

—¿Y ahora? —preguntó Smaia.

—Hacia el sudeste —indicó él sin vacilar—. Allí está nuestra astronave, lo que significa tanto como nuestra salvación.

* * *

Al amanecer, se hallaron en las inmediaciones del lugar donde habían sido capturados.

Smaia se encontraba muy fatigada.

—Es lógico —sonrió él, sentándose a su lado—. Han sido casi seis semanas de inactividad prácticamente total. Descansaremos unos minutos antes de seguir.

Ella se dio una palmada en la cadera.

—Ahora volveré a mi peso habitual —dijo—. He debido de ganar lo menos una docena de kilos.

—¿Eres propensa a engordar?

—No, pero después de seis semanas de quietud, con el movimiento de las mandíbulas como único ejercicio...

Murney se echó a reír, a la vez que recorría con la vista las curvas del cuerpo de Smaia.

—Pues yo te encuentro ahora muy atractiva, digas lo que digas —exclamó de buen humor.

—No te burles de mí. Estoy hecha una ballena...

Algo interrumpió la furiosa réplica de Smaia.

Era un extraño trueno, un bramido de indescriptible potencia, que se producía con distintos altibajos en su volumen sonoro.

Smaia se apretó contra Murney, llena de terror.

—¿Qué es ese ruido tan horrible? —exclamó.

Los sonidos seguían repitiéndose. Murney creyó hallar la respuesta al cabo de unos momentos.

—Smaia, yo juraría que hay por aquí cerca un par de gigantes que están tronchándose de risa —contestó.

Ella se quedó pasmada. Murney se puso en pie y avanzó cautelosamente hacia el lugar de donde procedían aquellas homéricas carcajadas.

De pronto, llegaron a unos arbustos de buen tamaño, detrás de los cuales se agazaparon para no ser vistos. A unos cien o ciento cincuenta pasos, dos gigantes se divertían lanzándose el uno al otro lo que parecía un enorme balón de rugby.

El balón brillaba mucho y daba la sensación de ser sumamente pesado. No obstante, los gigantes lo manejaban con relativa facilidad, aunque algunas veces fallaban el tiro y el balón rodaba por el suelo, dando enormes botes.

De súbito, Smaia identificó el objeto con el cual se divertían los gigantes.

—Mi nave —gimió—. Están Jugando a la pelota con mi nave.

Murney apretó los labios.

Era un serio contratiempo. Después de lo ocurrido, ya no podían siquiera soñar en volar con el aparato.

De repente, uno de los gigantes lanzó un aullido de dolor a la vez que se golpeaba la pantorrilla con fuerza.

—¿Qué sucede ahora, Lee? —quiso saber la muchacha.

El otro gigante se volvió y pisoteó algo que no se veía, debido a las hierbas, que, en muchos puntos, alcanzaban dos y más metros de altura. Pero, de súbito, chilló también de dolor, lo mismo que su compañero.

Murney y Smaia se sentían desconcertados. ¿Qué clase de bestias feroces atacaban a los gigantes?

—Tal vez unos mosquitos de tamaño adecuado al suyo —apuntó Smaia.

CAPITULO VII

Repentinamente, una docena de animales empezaron a trepar por las piernas de los dos gigantes.

Era un espectáculo cómico a la vez. Aquellos dos enormes individuos, cuya estatura no bajaría de los cincuenta metros, saltaban y se agitaban ferozmente, como tratando de sacudirse a los bichitos que les atacaban, y cuyo tamaño, juzgó Murney, era más o menos como el suyo propio.

Las piernas de los gigantes estaban ya cubiertas de sangre. Y los atacantes continuaban saliendo de todas partes.

Ya habían alcanzado las caderas y trepaban por los torsos monstruosos. Mordían fieramente, sin importarles los manotazos que daban los gigantes y que, en ocasiones, aplastaban a varios de ellos al mismo tiempo.

De repente, Smaia adivinó la verdad.

—¡Son hombres-perro, Lee! —exclamó.

Murney se quedó atónito. Era un espectáculo que causaba una morbosa fascinación. Cada vez surgían más hombres-perro de las hierbas y trepaban valerosamente por las piernas de los gigantes, mordiéndoles ferozmente, sin reparar en riesgos.

Una columna de atacantes ascendió por la espalda de uno de los gigantes. Eran más de veinte y se agarraban con las manos a los vellos del cuerpo para conseguir su objetivo.

Murney presintió el objeto del ataque. Veinte hombres-perro alcanzaron el cuello de su presa y empezaron a morder como bestias feroces.

Los gigantes lanzaban unos bramidos atronadores. En vano trataban

de defenderse de sus tenaces atacantes. El número de éstos abrumaba a los atacados.

De pronto, un colosal chorro rojo brotó del cuello de uno de los gigantes, que empezó a tambalearse.

—Le han perforado la yugular —exclamó Smaia.

El otro gigante caía también. Muchos hombres-perro resultaron aplastados en la caída, pero los supervivientes lanzaron feroces gritos de júbilo por la victoria conseguida.

Murney tocó a Smaia en un brazo.

—Vámonos —dijo en voz baja—. Este lugar no nos conviene en absoluto. Ya volveremos en otro momento.

Ella asintió y se puso en pie. Al volverse, se encontró frente a dos seres pertenecientes a aquella extraña raza humano-canina.

Un grito de espanto brotó de sus labios. Murney, sin perder la serenidad, examinó a los dos individuos que tenía frente a sí.

* * *

Eran un hombre y una mujer, de aspecto aparentemente normal, con la piel moteada en blanco y rojo, aunque los tonos eran muy suaves. Vestían muy sucintamente y tanto él como ella tenían el pelo largo y suelto.

Eran bastante membrudos, si bien no carecían de cierta armonía corporal. Incluso la mujer resultaba bastante atractiva.

El hombre-perro se golpeó el pecho.

—Soy Ulgh —dijo—, jefe de la tribu de los hombres-perro.

—Y yo, su hermana Debris —añadió la mujer, sonriendo de un modo extraño.

Los dientes de la pareja parecían muy fuertes. Los caninos tal vez eran un poco más grandes de lo normal, pero las diferencias anatómicas no resultaban excesivas. Tal vez, pensó Murney, ella tenía los pechos demasiado voluminosos y cierta excesiva anchura de caderas. Eran, sin embargo, la figura humana conveniente a una raza primitiva, en estado de evolución de su desarrollo.

—Yo soy Lee —se presentó el terrestre—. Ella es Smaia.

Debris se acercó a Murney.

—No tengo esposo ahora. Murió en lucha con los gigantes. Ahora te tomaré a ti como esposo —dijo.

Murney respingó. Ulgh se acercó a Smaia y pasó una mano de velludo dorso por uno de sus brazos.

—Me gustas. Serás mi esposa —declaró.

—Un momento —dijo Smaia, muy sulfurada—. Yo no quiero casarme contigo, Ulgh. El hombre que sea mi esposo...

Ulgh tiró de ella.

—Ven —ordenó secamente.

—Quieto ahí —gritó Murney.

Y saltó hacia delante, pero Debris le puso la zancadilla y el joven rodó por tierra.

Smaia luchaba y forcejeaba con Ulgh, pero sus fuerzas eran escasas comparadas con las del hombre-perro. Murney se puso en pie de un salto y entonces Debris se colgó de su cuello.

Abrió la boca. Una feroz expresión apareció en su rostro.

—Quieto o te degollaré de un mordisco —dijo.

Las mandíbulas de Debris debían de tener una fuerza excepcional, pensó Murney. A juzgar por lo que había visto, dientes y colmillos eran la única arma de los hombres-perro.

Ulgh corría ya hacia la selva cercana, llevándose a Smaia cargada sobre los hombros. Murney miró con fijeza el rostro que tenía a medio palmo del suyo y que, en medio de todo, no carecía de cierto atractivo.

De pronto, sonrió.

Acababa de recordar algo que había olvidado por completo.

—¿Estás seguro de que soy quien soy? —preguntó,

—Te veo, te toco y te huelo. Mis sentidos funcionan perfectamente — contestó Debris.

—Tus sentidos son una porquería —dijo él crudamente—, Yo no soy un hombre, soy un lagarto gigante de dos patas.

Debris lanzó de repente un estridente chillido al verse abrazada a un gigantesco reptil que se mantenía en pie sobre sus patas posteriores. Retrocedió un paso pero, de repente, demostrando el valor común a los de su raza, cargó furiosa hacia delante, dispuesta a usar su formidable dentadura.

Cerró la boca. Sus dientes entrechocaron en vano.

Una mano le tocó en la espalda.

—Estoy aquí —rió Murney.

Debris giró en redondo.

—No eres un hombre-lagarto —exclamó—. Tienes tu aspecto normal. Me has engañado.

—Soy un hombre-lagarto. ¿O no tienes ojos en la cara?

Ella se echó a reír.

—Repito que me has engañado. El efecto de sugestión se ha pasado ya —insistió.

Murney maldijo en silencio. Con aquella transformación psíquica había agotado los poderes mentales robados a la hermosa Dylla.

Debris avanzó hacia él.

—Te guste o no, irás a mi tribu —afirmó.

Murney reflexionó rápidamente.

—De acuerdo —dijo—. Pero con una condición.

—No estás en situación de imponer condiciones —exclamó Debris altaneramente.

—No, ¿eh?

El ataque de Murney resultó tan fulminante como imprevisto. Debris era muy fuerte, pero resultó poco más que una caña en sus manos.

Antes de que la mujer-perro pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró volando por los aires, para ir a caer pesadamente a seis pasos de distancia.

Enormemente ágil, sin embargo, cargó contra Murney. El terrestre la dejó llegar pero, en el último momento, se echó a un lado.

Lo que hacía no le gustaba demasiado, pero tenía que demostrar a Debris que era el más fuerte de los dos. La salvaje volvió a planear por segunda vez, aun-que se levantó de nuevo, con redoblado ímpetu.

Murney empleó algunos trucos de lucha, que Debris, lógicamente, no conocía en absoluto. Finalmente, cuando la vio cansada, juntó sus muñecas, las agarró con una sola mano y luego se sentó en el suelo, obligando. la a tenderse sobre sus rodillas.

La mano derecha de Murney se movió pesadamente una docena de veces. Debris chilló y perneó con furia, pero sus manos estaban a la espalda y el codo de su adversario se le clavaba malignamente en los riñones.

Al fin, pidió gracia:

—Basta, me rindo —dijo.

—¿Quién es el ganador? —preguntó él.

—Tú —contestó Debris, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, ahora mando en ti.

—Sí —admitió la salvaje de mala gana.

—Muy bien. En tal caso, me conducirás a tu poblado, Quiero rescatar a Smaia.

—No podrás. Ulgh no lo consentirá.

—Lucharé con él y le obligaré a devolverme la mujer,

Debris lanzó una burlona carcajada.

—Tú me has derrotado porque eres más fuerte que yo, pero comparado con Ulgh eres apenas un chiquillo de pecho —dijo despectivamente.

—Veremos —contestó él—. De modo que ahora soy yo tu dueño.

—Sí.

—Entonces, no puedes dejar por menos de obedecerme.

—Así es la ley. ¡Lástima no te hubiera vencido yo! —suspiró Debris—. A mi difunto marido lo derroté yo antes de casarnos.

—Y mandabas en casa.

—En todo, Lee.

Murney se echó a reír y la soltó.

—Bien, será mejor que nos levantemos —dijo.

Ella se irguió, frotándose con una mano las caderas tan duramente vapuleadas.

—Eres fuerte de veras —dijo con acento admirativo y un brillo especial en los ojos—. Resultará interesante la pelea; nunca se habrá visto nada igual.

Murney sonrió mientras la contemplaba. Bien mirado, con un poco más de refinamiento en sus modales y vestida con ropajes adecuados, Debris hubiera resultado incluso atractiva, a pesar de las grandes manchas blancas y rojas que salpicaban su piel, que, por otra parte, era enteramente humana. No obstante, el moteado era de tonos muy suaves en Debris, aunque Murney había visto hombres-perro cuya piel no tenía nada que envidiar, en colorido, a la de un auténtico *pointer* de caza.

—Está bien —dijo—. Vamos ya.

Echaron a andar. A los pocos pasos, Murney recordó algo.

—He visto a centenares de los tuyos atacando a dos gigantes —manifestó—. ¿Por qué motivos, Debris?

—Cada pueblo tiene sus límites. Los gigantes habían traspasado los nuestros. Teníamos, por tanto, derecho a combatirlos.

—Aun a riesgo de la pérdida de docenas de vidas.

Debris se encogió de hombros.

—Es nuestra ley —contestó.

—De todas formas, no os vendría mal un poco de civilización —rezongó Murney, estremeciéndose al recordar la bárbara manera en que los hombres-perro habían degollado a los dos gigantes.

Pero aquello había pasado ya. Había otro asunto muchísimo más urgente: el rescate de Smaia, ahora en poder de Ulgh, el jefe de los hombres-perro.

El suelo retembló súbitamente. Asustada, Debris se pegó a Murney.

—Alguien viene —exclamó—. Debemos escondernos.

—¿Gigantes? —adivinó Murney.

—Sí —confirmó la nativa.

CAPÍTULO VIII

A través de las altas hierbas, vieron a dos docenas de aquellos gigantescos individuos, que trotaban en dirección a la llanura donde poco antes se había producido un encarnizado combate.

De algún modo, los gigantes se habían enterado de que dos de sus congéneres habían sido atacados y ahora corrían, tal vez no en su auxilio, puesto que ya iban a llegar tarde, sino para vengarlos.

—Destruirán tu pueblo, Debris —adivinó Murney.

—Tenemos armas para combatirlos —contestó ella.

Los gigantes estaban a unos mil metros de distancia. Murney se dio cuenta de que habían alcanzado una pequeña loma, desde la cual podían divisar la ciudad de los gigantes, situada a unos quince kilómetros.

Igualmente se percató de que aquellos colosales individuos pasarían a unos doscientos metros del lugar en que se hallaban. En cierto modo, eran bastante torpes y la agudeza de sus sentidos era muy limitada.

De repente, cuando los gigantes se hallaban ya solamente a medio kilómetro, se oyó un fuerte silbido.

Una nube de humo apareció en el pecho de un gigante. Instantes más tarde, Murney y Debris captaron el fragor de una potente explosión.

El gigante se tambaleó, mientras sus compañeros se detenían, desconcertados por lo sucedido. El humo se disipó y entonces Murney pudo ver en el pecho del gigante un enorme boquete.

Más silbidos se oyeron y se produjeron nuevas explosiones. A Murney le recordaban los cañonazos de las películas de guerra de épocas pasadas, que había visto en más de una ocasión.

—Un quince y medio —calculó a media voz.

—¿Cómo? —preguntó Debris.

—Sigue ahí y no te muevas o nos harán saltar en pedazos.

Debris estaba muy asustada. Lo que sucedía era completamente nuevo para ella y en su ánimo se había apoderado el temor natural de la ignorancia.

Una astronave se hizo visible de repente, volando con gran lentitud a unos sesenta o setenta metros del suelo. Tenía forma alargada, con punta ojival, y de su proa brotaban continuamente sonoros fogonazos, seguidos casi en el acto por el estruendo de las explosiones.

Los gigantes caían abatidos por aquellos proyectiles que explotaban en sus cuerpos. Uno de ellos recibió dos en el cuello, simultáneamente, y cayó decapitado.

Aterrados, varios gigantes consiguieron escapar. La astronave lanzó varias salvas más, destrozando a dos de ellos.

—Es horrible —murmuró Debris—. Nunca había visto nada semejante.

—Si esos proyectiles matan a los gigantes, imagínate qué sería de nosotros si nos alcanzase uno solo de ellos —dijo Murney.

Los tripulantes de la astronave no parecían darse por contentos de la derrota infligida a sus enemigos.

El aparato voló hacia la ciudad y empezó a bombardearla desde unos trescientos metros de altura.

Murney se dio cuenta de que era una especie de bombardeo direccional, atacando solamente uno de los lados de la ciudad, con el fin de obligar a sus moradores a escapar por el opuesto. También apreció que los proyectiles que ahora se disparaban eran de superior potencia, un 305 o algo por el estilo.

Los edificios saltaban hechos pedazos por los aires. En pocos minutos, la ciudad quedó cubierta de una espesa humareda. Los gigantes, aterrados, escapaban por el lado contrario.

Murney se puso en pie y agarró la mano de Debris.

—Es hora de que nos vayamos —dijo.

Ella asintió. Echaron a correr en sentido opuesto. De cuando en cuando, volvían la cabeza.

A los pocos minutos, Murney apreció, muy aliviado, la desaparición de la nave.

—Estamos fuera de peligro —anunció.

Se equivocaba. Tardíamente comprendió que la astronave, moviéndose a gran velocidad, se había situado encima de ellos, después de dar un rodeo.

Y lo comprendió cuando algo cayó sobre ellos, deteniéndolos casi en el acto. Murney y Debris forcejearon para librarse de la red lanzada desde lo alto, pero todo resultó inútil.

La nave se detuvo a pocos palmos del suelo. Se abrió una escotilla y la escalera automática surgió en el acto.

Varios hombres, armados con pistolas descohesionadoras, salieron del aparato. Murney reconoció con asombro al sujeto que los capitaneaba.

—¡Cackooth! —exclamó.

—Yo mismo —dijo el aludido jovialmente—. ¿Qué tal se encuentra, capitán?

Los dedos de Murney se crisparon sobre algunas de las mallas que le rodeaban.

—No demasiado satisfecho —contestó agriamente,

—¿Se atreve a quejarse, después de que le hemos salvado la vida? —rió Cackooth.

—A costa de una bárbara matanza.

Cackooth se encogió de hombros.

—Eran unos salvajes —contestó con expresión de indiferencia—. Oiga —exclamó de repente—, esa chica, a pesar de su piel, es bastante guapa.

—Me llamo Debris —dijo altivamente la mujer-perro.

Cackooth volvió los ojos hacia Murney.

—¿Su amiga? —preguntó.

—Sí —contestó el interpelado.

—Creí haberle visto salir de Nováfrica en compañía de Smaia.

—Está... Bueno, se ha ido —dijo Murney evasivamente.

—Una chica lista —murmuró Cackooth—. Vigiló su estancia en la clínica del doctor Derl'srum y muy eficazmente, por cierto. Mató a dos de mis hombres que pretendían hacerle a usted una jugarreta... De modo que lo ha plantado, capitán.

—Así es —repuso Murney, que no quería revelar los verdaderos motivos de la ausencia de Smaia.

—No se puede uno fiar de las mujeres, aunque usted, a lo que veo, ha sabido buscar compañía bien pronto. Capitán, quiero hablar con usted —manifestó el sujeto.

—Estoy a su disposición, aunque antes me gustaría saber cómo han conseguido descubrirnos.

—Bah, no fue difícil. Incluso les habíamos descubierto ya antes de que iniciásemos el ataque contra los gigantes. Simplemente, no quería que le hiciesen daño —explicó Cackooth.

—Los gigantes no nos buscaban a nosotros —rezongó Murney.

—¿No? —Cackooth se encogió de hombros—. Bueno, tanto peor para ellos. Capitán, quiero que, antes de seguir, se dé cuenta de una cosa.

—Usted dirá, Rex.

—Son mis prisioneros. Si reflexiona en el significado de esa palabra, podrá entender claramente mi postura. Estoy resuelto a todo, si intenta combatirme. ¿Está claro?

Murney hizo un gesto de resignación.

—Creo que no puedo discutir sus argumentos —respondió.

Cackooth sonrió. Luego movió la mano.

—Bien, muchachos, ya pueden quitarles la red —ordenó.

* * *

Tres o cuatro individuos, cuyo aspecto no gustó demasiado a Murney, les libraron de la red que les impedía moverse con libertad. Debris emitió un sonido parecido a un bramido de cólera, pero Murney la sujetó por un brazo, como dando a entender que debía procurar mantener su serenidad.

—Bien, Rex, hable —invitó segundos más tarde.

—Usted y yo buscamos la misma cosa, Lee —dijo Cackooth—. Simplemente, quiero que colabore conmigo.

—¿Para buscar el ruwadio?

—Exactamente.

—Voy a hacerle una pregunta, Rex —dijo Murney—. Smaia tenía una brújula de ruwadio, pero alguien cambió la piedra que movía la aguja en el rumbo deseado. ¿Fue usted?

—Si hubiera sido yo, no estaría aquí —respondió Cackooth con toda desfachatez.

—He errado el tiro —se lamentó Murney—. Bien, ¿qué respuesta espera a su proposición?

—Afirmativa, por supuesto.

—No; lo siento.

—Piénselo bien, Lee —dijo Cackooth con voz tensa.

—En primer lugar, no tengo la menor idea de dónde se halla el yacimiento de ruwadio. En segundo lugar, aunque lo supiera y colaborase como me pide, usted se desharía de mí, una vez conseguido su objetivo, y no dándome un par de palmadas en la espalda —contestó Murney.

Cackooth fingió lamentarse de la respuesta.

—Ha sido una lástima que haya derrochado tantos proyectiles para salvarle, capitán —dijo—. Ahora no me quedará otro remedio que eliminarle definitivamente.

—No quiere competidores, ¿eh?

—Usted lo ha dicho, Lee.

—Jefe, un momento —terció de súbito uno de los acompañantes de Cackooth.

El individuo se volvió.

—Dime, Joe —solicitó.

—La chica. Me gusta, a pesar de su piel —manifestó el individuo.

—Quieres convertirla en la futura señora Notting, ¿eh? —sonrió Cackooth, como si la idea le divirtiese mucho.

—Está de buen ver, a pesar de su pellejo moteado. Pero quizá encuentre el modo de quitarle las manchas, jefe.

—Bueno, por mí no hay inconveniente.

—¡Esperen! —dijo Debris—. Yo soy de Lee.

Cackooth alzó las cejas.

—¿Cómo? —exclamó.

—Luché con ella y la vencí —explicó Murney.

—Si ese hombre me quiere para esposa —Debris lo señaló con la mano—, tendrá que pelear conmigo.

—Vaya —rió Notting—, será muy divertido.

—No tanto como se piensa, Joe —avisó Murney—. Ella es mucho más fuerte de lo que parece.

Notting se echó a reír.

—Yo no soy manco, capitán —dijo despectivamente.

—La pelea será a muerte —anunció Debris con frialdad.

Hubo un momento de silencio. Notting había dejado de sonreír.

—Pero tú dijiste que tenía que pelear contigo si te quería...

—Es que yo no deseo ser tu esposa, a menos que me derrotes. Pero si yo gano, te mataré.

—Emplean los dientes para degollar a sus adversarios —indicó Murney.

—Ya he oído hablar de la tribu de los hombres-perro —rezongó Cackooth—. ¡No aceptes la pelea, Joel —ordenó de pronto.

—Cuando Murney haya sido eliminado, ella quedará sola —insistió el esbirro.

Debris hizo un gesto con la mano.

—Anda, acércate —le desafió.

Sonaron algunas risitas.

—¿Tienes miedo de ella, Joe?

—Vamos, dale una buena paliza a la damisela.

—Demuéstrale que eres un hombre...

Aprensivo, pero espoleado al mismo tiempo por las burlas de sus compinches, Notting avanzó hacia Debris. Murney confió en que la

pelea atrajese la atención de Cackooth y de sus secuaces, para pasar al contraataque y librarse así de una muerte que ya creía segura.

Notting dio dos pasos más. De repente, las manos de Debris se dispararon hacia delante.

Ella demostró su excepcional robustez. Hizo presa en los brazos de Notting se movió con increíble velocidad.

Notting empezó a gritar de dolor. Feroz, implacable, Debris le rompía hueso tras hueso de brazos y piernas, hasta dejarlo en el suelo reducido a un montón de carne convulsa.

«Ahora, la dentellada final», pensó Murney.

De repente, el suelo trepidó.

Cackooth volvió la cabeza. Dos colosales siluetas se acercaban al lugar a toda velocidad.

—¡Gigantes! —gritó uno de los forajidos.

—¡A la nave! —gritó otro.

Pero los gigantes estaban ya encima. Cackooth y varios más se dieron cuenta de que ya no podrían alcanzar la nave y escaparon a todo correr.

Murney agarró a Debris por una mano y la tiró al suelo. Apenas un segundo más tarde, un pie de tamaño descomunal pasó por encima de ellos.

Notting estaba en el suelo, incapaz de moverse. Chilló al ver el pie que descendía hacia él, pero el grito se cortó de repente cuando cientos de toneladas redujeron su cuerpo a pulpa.

CAPITULO IX

Los hombres de Cackooth, muchos de los cuales habían desembarcado atraídos por la pelea, se atropellaban para entrar en la nave. Dos manos gigantescas alzaron el aparato a cuarenta o cincuenta metros del suelo.

Un bramido descendió de lo alto y llegó a los oídos de Murney:

—Ayúdame, Turdia.

Otro par de manos agarró la nave por el extremo opuesto. Un par de individuos fueron despedidos de la escalera y cayeron chillando, estrellándose contra el suelo.

Murney y Debris contemplaban con ojos incrédulos el increíble espectáculo. La nave medía unos sesenta metros de largo por diez o más de diámetro, pero ello no pareció representar obstáculo para la pareja de gigantes.

Turd y su esposa aunaron sus esfuerzos. La astronave salió despedida a enorme distancia. Trescientos metros más adelante, cayó al suelo, rebotó aparatosamente un par de veces y luego rodó cincuenta o sesenta más, antes de detenerse, convertida, prácticamente, en un montón de chatarra, féretro, al mismo tiempo, de todos sus ocupantes.

Murney y Debris se arrastraban sigilosamente sobre la hierba, tratando de eludir a los gigantes, sin llamar su atención. Murney suponía a Turd terriblemente encolerizado y no sólo por la matanza que acababa de producirse.

De repente, se oyó un sonoro trompetazo:

—¡Lee! ¿Dónde estás? Sal, Turdia y yo queremos hablarte.

Murney se detuvo en el acto. Debris le miró angustiada.

—No deseamos hacerte el menor daño —agregó Turd—. Sólo

queremos hablar contigo y con tu pareja.

—¿Son sinceros? —preguntó Debris, recelosa.

—Eso espero —respondió él, a la vez que se ponía en pie—. Dame la mano y no temas.

Los gigantes estaban a unos cien metros de distancia. Murney se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido.

—¡Turd! —llamó a continuación.

Seis zancadas bastaron a la pareja de gigantes para situarse junto a Murney y Debris. Turd se arrodilló frente a ellos.

—Sería mejor que te tumbases —indicó Murney, a la vez que agarraba con fuerza la mano de Debris.

El gigante lo hizo así. Turdia le imitó en el acto.

Debris cerró los ojos unos momentos. Resultaba alucinante ver aquellas colosales cabezas a ras de tierra. Los ojos, sin embargo, quedaban a seis o siete metros por encima de ella.

—Habla bajo o nos dejarás sordos, Turd —aconsejó Murney.

—Está bien —contestó el gigante—. Pero ésa no es tu pareja.

—No; se la ha llevado un hombre-perro. —Han muerto muchos de los nuestros —se lamentó Turdia.

—No somos culpables —dijo Murney—. Es más, los autores de la matanza son también enemigos nuestros.

—Fuiste muy listo para conseguir evadirte con Smaia —habló Turd—. Aquel líquido...

—Siento haberos engañado, pero, aun con figura infinitamente menor que la tuya, soy también un ser inteligente y no era justo que estuviese

privado de libertad. Por otra parte, aquella bebida, en dosis moderadas, puede resultar incluso saludable.

—Pero no alarga la vida —se quejó Turdia.

Murney sonrió.

—Algunos dicen que sí —repuso—. De todas formas, un vasito de vino diario nunca hace daño, sino todo lo contrario. Claro que yo os dije que debíais beber más cantidad, pero lo hice sólo para obligaros a dormir profundamente y poder escapar sin riesgos.

—Eso es lo que queríamos saber —manifestó Turd—. De modo que un vasito diario...

Murney estudió críticamente la voluminosa cabeza que tenía frente a sí.

—Para vuestro tamaño, un par de litros —calculó moderadamente.

—Está bien, ahora comprendemos vuestras ansias de libertad. Pero, ¿dónde está Smaia?

—En el pueblo de los hombres-perro. Debo ir a rescatarla.

—Tendrá que luchar con mi hermano —intervino Debris orgullosamente.

—¿Y si pierdes? —quiso saber Turdia.

—Supongo que ya no me importará nada, porque Ulgh me matará —contestó Murney fríamente.

—El pueblo de los hombres-perro está muy lejos para vosotros, claro —dijo Turd—. Llegarás cansado, Lee.

—Lo cual significa desventaja en la pelea —añadió la gigante.

—Nosotros os llevaremos —decidió Turd—. En muy poco tiempo

podemos dejaros en las inmediaciones.

—No podéis franquear los límites...

Murney interrumpió bruscamente a Debris.

—¡Cállate! Y si no quieres venir conmigo, quédate aquí —exclamó con acento autoritario.

—Agárrate a mi pelo. Irá mejor sobre mi cabeza —propuso Turd.

—¿Y yo? —preguntó Debris—. Puedes vencer y te llevarás a Smaia. A mí me abandonarás...

—Lo siento —dijo Murney brevemente.

Debris inclinó la cabeza. Aquella respuesta resultaba para ella altamente significativa.

—Vamos —dijo Turd.

Murney se agarró a los vellos del hombro de Turd y trepó hasta la cabeza. Tras unos instantes de vacilación, Debris acabó por imitarle.

El grosor del cabello de Turd era proporcional a su gigantesca estatura. Resultaba fácil viajar agarrado a dos pelos, manteniendo el equilibrio, mientras su enorme cabalgadura trotaba incansable, a través de la llanura.

De repente, Debris vio algo que la hizo lanzar un grito:

—¡Lee, di a tu amigo que se pare!

* * *

El hombre corría aterrado, cuando una gigantesca mano le cerró el paso.

—¡No, no me maten! —chilló.

Murney se deslizó al suelo, utilizando como cuerda uno de los largos pelos de la cabeza de Turd, quien se había tendido para facilitar el descenso. Debris le siguió en el acto.

—No pensamos hacerle daño, amigo —dijo Murney—. Sólo quiero que me diga dónde está Cackooth.

—No lo sé —respondió el individuo—. Nos desbandamos cuando los gigantes nos atacaron...

—¿Cómo se llama?

—Dool, Dave Dool.

Debris se acercó al sujeto.

—Eres un hombre bastante atractivo —elogió.

Dool la miró con asombro. Murney sonrió, porque empezaba a comprender las intenciones de la nativa.

—Se ha metido en un mal asunto, Dave —dijo—. Pero puede salir con bien si hace lo que ella le diga.

—Y, ¿qué es lo que quiere de mí? —preguntó Dool.

—Luchar contigo —declaró Debris.

—¡Pero yo no tengo ganas de pelea!

Dool se sentía aterrado al recordar la forma en que Notting, un hombre mucho más fuerte que él, había sido destrozado por la mujer que tenía frente a sí. Pensar en las manos de Debris, que podían romperle fácilmente los huesos de brazos y piernas, le llenaba de pánico.

—Entonces, eres mío —dijo ella.

—Le pertenece, Dave; así es la ley —añadió Murney.

Dool vaciló.

—Bueno...

—Vamos, hombre, ahora tiene ocasión de rectificar sus errores. Y, bien mirado, Debris no es tan fea como pueda parecer. Creo que llegará a acostumbrarse al color de su piel.

—Está bien —rezongó el individuo—. Si no hay otro remedio... Aunque con esas manchas en la piel... —se estremeció.

—No tiene otra salida, Dave —dijo Murney.

—Eres mío —insistió Debris.

Murney le señaló la cabeza del gigante.

—Suba, Dave —ordenó.

Dool se resignó. Bien mirado, Murney tenía razón; sólo las manchas de la piel chocaban un poco al principio. Pero llegaría a habituarse.

La mano de Debris se posesionó de la suya. Murney respiró aliviado; el inesperado encuentro le había librado de un compromiso poco agradable.

* * *

Turd se detuvo de pronto.

—Ya hemos llegado —dijo, señalando el valle que se extendía ante sus ojos.

En el centro del valle se divisaba una aglomeración desordenada de cabañas de barro y paja. Turd se tendió en el suelo y las tres personas que viajaban sobre su cabeza saltaron al suelo.

Un enorme grupo de gente se veía correr a lo lejos en dirección a la colina.

—Será mejor que nos marchemos, Turd —dijo Turdia, aprensiva.

—Espera un momento —pidió Murney—. Si tengo que luchar con Ulgh no quiero hallarme desprevenido. Dame un par de pelos de tu cabeza.

El gigante obedeció. Momentos más tarde, Murney disponía de dos recias sogas de color negro, de ocho o diez metros de largo y unos tres o cuatro milímetros de grueso.

—¿Piensas emplear esos cabellos como arma? —preguntó Debris.

—Si se presenta la ocasión, desde luego.

Murney se volvió hacia los gigantes.

—Adiós, amigos —se despidió—. Algún día iremos a visitaros y a beber con vosotros un trago de vuestro vino. '

Turd y su esposa huyeron a la carrera. Murney sonrió al ver el pánico que los gigantes mostraban ante los hombres-perro, que se hallaba cada vez más cerca.

Minutos más tarde, aquel gentío, compuesto por cientos de seres de ambos sexos, se detenía frente a los recién llegados.

—Está bien, hermana —dijo Ulgh.

Debris puso una mano sobre el brazo de Dool.

—He conseguido un esposo —respondió.

—Oh —dijo el jefe de los hombres-perro—. Pero ahí veo a Lee...

—Vengo a rescatar a la mujer que te llevaste. Es mía —declaró Murney.

Ulgh sonrió despectivamente.

—Tendrás que ganarla —contestó—. Y sólo lo conseguirás si me matas.

—Estoy dispuesto —dijo Murney—. Pero, si gano yo, tus hombres...

—Suponiendo que me derrotes, cosa que no ocurrirá, nadie te causaría el menor daño y te llevarás a la mujer.

—Muy bien. Entonces, cuando quieras.

Ulgh atacó inesperadamente, rugiendo de un modo empavorecedor. Murney, sin embargo, supo reaccionar y saltó a un lado, esquivando la acometida de su feroz contrincante.

Fallado el golpe, Ulgh se revolvió, bramando de cólera. Entonces, algo cayó sobre sus hombros.

Murney pegó un fortísimo tirón al lazo hecho con uno de los pelos de la cabeza de Turd. Ulgh rodó por la hierba.

Antes de que pudiera reaccionar, otro lazo le sujetó las piernas. En menos de un minuto, Ulgh estaba atado como un salchichón.

Debris tenía la boca abierta por el asombro. Dool aplaudió:

—¿Ha enlazado terneros alguna vez, capitán? —preguntó.

Murney sonrió satisfecho.

—Podría matarte —se dirigió a Ulgh—, pero me contento con el premio que estaba en juego. Ordena que traigan a Smaia inmediatamente.

CAPITULO X

Smaia llegó poco más tarde. Había sido despojada de sus ropas y ahora vestía como una nativa: corpiño y ceñidor de piel moteada, de pelo suave y abundante.

—Me parece estar soñando —dijo, al verse frente a Murney.

El joven sonrió.

—Estás bien despierta —contestó—. Y creo que es hora de que nos vayamos.

Se inclinó hacia Ulgh y lo soltó. El jefe de los hombres-perro se levantó, avergonzado y hosco.

Murney se despidió de Debris y del terrestre.

—Adiós, Debris. Suerte, Dave.

Dool suspiró. Fijó los ojos en Debris y pensó que, en medio de todo, no podía considerarse un hombre desafortunado.

—Vamos, Debris —dijo, agarrándola de la mano—. No es por ofenderte, pero creo que vuestra civilización es algo inexistente. Yo os puedo enseñar muchas cosas...

Murney y Smaia se alejaban de allí con paso rápido.

—Nunca se me hubiera ocurrido verte derrotar a Ulgh con un par de simples lazos —dijo ella a los pocos momentos.

—Enfrentarse a Ulgh con las manos simplemente hubiera sido una locura. Claro que tengo mi cuchillo de caza, pero no era seguro que no me lo arrebatase en el transcurso de la pelea. Ulgh no me hubiera perdonado la vida.

—Y los lazos dieron mejor resultado.

—Ya has podido verlo. ¿Cómo ha ido la estancia en el pueblo de los hombres-perro?

Smaia suspiró.

—Has llegado a tiempo —manifestó—. Ulgh planeaba hoy la fiesta de sus bodas. Esta noche me hubiera convertido en su esposa.

—No hubiera resultado agradable, ¿verdad?

—Horrible —calificó Smaia—. Pero me tienes que contar muchas cosas, Lee. Estoy ardiendo de curiosidad por saber todo lo que has hecho desde que Ulgh me llevó con él.

—Sí, con mucho gusto.

Murney habló durante unos minutos. Al terminar, Smaia pareció quedarse muy pensativa.

—De modo que Cackooth asegura que él no fue quien sustituyó el ruwadio en la brújula —murmuró.

—Así lo dijo, y en este aspecto, al menos, me pareció sincero.

—¡Hum! Yo no me fiaría mucho de un tipo de su calaña, Lee. Pero ya lo averiguaremos. Ahora, dime, ¿hacia dónde vamos?

—Dos gigantes jugaron al rugby con nuestra nave. Algo habrá quedado en condiciones de ser utilizado, Smaia.

—Comprendo. Armas, ropas, provisiones...

—Exacto —corroboró Murney.

* * *

El interior de la nave estaba horriblemente revuelto, pero, tal como había asegurado Murney, había cosas que podían aprovecharse, todavía,

Murney cargó dos mochilas, una de las cuales dedicó íntegramente a los alimentos. La llevaría él, puesto que era la más pesada.

En la otra había una tienda de campaña, de un tejido finísimo y sumamente liviana, además de algunas prendas de repuesto y una bolsa con elementos de primera cura. Smaia se encargó de ella.

—Y ahora, a buscar el ruwadio —exclamó Smaia, una vez equipados.

—Se me ocurre una cosa —dijo Murney, antes de romper la marcha.

—¿Qué es, Lee?

—Nuestro futuro, Smaia. Si no tenemos nave, si la de Cackooth ha sido también destruida, ¿cómo saldremos de Ruwawud? Tengo la sensación de que habremos de quedarnos a vivir aquí para siempre.

—Pero...

—En cuyo caso, ¿de qué nos servirá el ruwadio?

Smaia volvió la cabeza para mirarle fijamente.

—Lee, ¿conoces todas las propiedades del ruwadio? —preguntó.

—Sólo algunas, aunque, de todas formas...

Ella sonrió enigmáticamente.

—Cuando hayamos encontramos un yacimiento de ruwadio, te lo diré todo. Ahora, lo mejor será que nos pongamos en marcha.

—Pero si no sabemos hacia dónde hemos de ir —objetó él—. Sin brújula especial, podemos caminar en una dirección completamente distinta a la deseada.

—No seas pesimista, Lee. Tengo un buen mapa de Ruwawud, que no fue destruido por los juegos de los gigantes y en él se indica el lugar donde se encuentra el pueblo de los tzuids.

—¿Quiénes son los tzaids? —se asombró Murney—. He estado un par de veces en Ruwawud y jamás oí hablar de ellos.

—Son los guardianes del ruwadio. Yo contaba con no tener que entablar relaciones con ellos, pero, sin brújula, no tendremos otro remedio que tratar de engatusarlos para que nos faciliten unos cuantos kilos de ruwadio.

—¿Y si no quieren? Smaia se encogió de hombros.

—Si no quieren, no nos importará en absoluto, porque estaremos muertos —contestó con glacial acento.

* * *

La astronave evolucionó silenciosamente por encima de la pareja. Murney y Smaia, agazapados detrás de unos arbustos, contemplaron los movimientos del aparato.

—Me pregunto quiénes pueden ser sus tripulantes —dijo Smaia.

Murney, sin decir nada, empezó a trabajar.

—Nos buscan —dijo Smaia a poco.

—Y nos encontrarán —aseguró él.

—¿Cómo lo sabes? Sin detectores ultrasensibles...

—Los tripulantes de esa nave poseen un detector infalible, cuando menos, uno de ellos.

Murney trabajaba febrilmente. Al cabo de unos minutos, se puso en la cabeza un rústico casquete, hecho con trozos de los dos cabellos de Turd.

Casi en el mismo instante, la nave tomaba tierra a poca distancia. Se abrió la escotilla y una terrible llamarada, seguida de una espesísima nube de humo rojo, surgió en el acto por la abertura.

La aparición de Dylla resultó altamente espectacular.

—Hola —dijo, sonriendo, al hacerse visible de repente frente a la pareja.

—Has recobrado tus poderes —contestó Murney.

—La pérdida fue sólo accidental. Nunca se produce de una manera definitiva.

—Lo celebro por ti. Bien, ¿qué pretendes ahora de nosotros, Dylla?

La mujer movió una mano. Otra llamarada apareció delante de Smaia, quien, aterrada, lanzó un agudo grito.

—Vete —ordenó—. Vete en el acto.

—No te vayas, Smaia —contradijo Murney.

Smaia dio media vuelta y echó a andar. Dylla sonrió triunfalmente.

—Tú te quedas, Lee —dijo.

—¡Ja, ja! —Murney simuló reír, pero estaba muy serio. Giró en redondo y echó a andar para reunirse con Smaia.

—¡He dicho que te quedas! —chilló Dylla—. Te lo mando, Lee...

El joven siguió andando. Furiosa, Dylla corrió tras él y le agarró por un brazo.

—¿Es que no puedes obedecer el poder de mi mente? —preguntó.

—¿No lo estás viendo? —sonrió él.

De pronto, Dylla reparó en el casquete de malla que Murney llevaba puesto y lanzó un chillido de rabia.

—Quítate eso inmediatamente —ordenó.

—¿Por qué no me lo quitas tú?

Dylla alargó la mano, pero Murney agarró velozmente su muñeca y se la retorció, haciéndola caer al suelo. La mujer volvió a gritar.

Al levantarse, Murney acabó con su resistencia por un procedimiento harto primitivo: disparó su puño derecho contra la mandíbula de Dylla, quien se desplomó en el acto sin conocimiento.

—¡Smaia, ya tenemos una nave! —gritó.

La joven se volvió y le miró con expresión ausente.

—¿Qué me ha sucedido, Lee? —preguntó torpemente.

—Dylla te tenía bajo el influjo de sus poderes mentales..., pero ya te lo explicaré luego con más detalle. Vamos —insistió, a la vez que tiraba de su mano.

Momentos después, entraban en la nave.

—Esto nos ahorrará muchos días de viaje —sonrió él, satisfecho.

Pero un segundo más tarde, la sonrisa se borraba de su rostro.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Qué es lo que hace funcionar este condenado trasto?

* * *

En la cabina de mando no había un solo instrumento, ni siquiera un telescopio común. Sólo se veían unos cuantos asientos, situados de cualquier manera, aunque anclados al suelo.

Murney se sentía lleno de asombro. Le costaba enormemente comprender la clase de energía que hacía funcionar la astronave que había transportado a Dylla hasta Ruwawud.

Smalfe había vuelto ya a la normalidad y no se hallaba menos

asombrada que el Joven, La ausencia de instrumentos parecía indicar igualmente ausencia de motores.

—Espera —dijo él de pronto—. Vamos a explorar la astronave.

Abandonaron la cabina de mando y siguieron a lo largo de un pasillo. Después de abrir varias puertas, se encontraron en lo que parecía un enorme dormitorio.

Había una veintena de literas, todas las cuales estaban ocupadas por personas de ambos sexos, en general jóvenes, quienes aparecían profundamente dormidos.

Reinaba un silencio absoluto en la estancia. Murney se sintió invadido por una extraña aprensión.

La mano de Smaia se crispó de repente sobre su brazo.

—Lee, creo saber de qué se trata —murmuró.

Murney se volvió hacia la joven.

—Habla —pidió.

—Dylla pertenece a la raza de los telépatas.

—Sí, lo sé.

—Indudablemente, es un personaje de categoría en su pueblo. Por ese motivo dirige la expedición.

—Eso es lo que parece, Smaia, aunque no sé a dónde quieres ir a parar.

—Es muy sencillo, Lee. La nave no tiene motores corrientes, porque no los necesita. No es una "astronave común y corriente, sino un psicomóvil.

Murney abrió la boca, porque acababa de comprender el sentido de -

aquellas palabras.

—Entonces, todas esas personas...

—Están dormidas, por orden de Dylla, para aprovechar al máximo su potencial telepático, sus poderes mentales, para decirlo más claro. La mente de una sola persona no sería suficiente para mover la astronave, pero si las de veinte. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, voy comprendiendo.

—Pero, incluso los telépatas tienen sus limitaciones. Tienen que volar a través del espacio dentro de una atmósfera que les permita la vida, aunque sea en estado hipnótico. Pero a la nave, como es fácil de apreciar, no le hacen falta ni motores ni instrumentos de ninguna clase.

—Ya me doy cuenta. Cuando Dylla quiere ir a algún sitio, lo ordena a sus subordinados y las mentes de éstos mueven la nave.

—Exactamente —corroboró Smaia.

Murney echó a correr de pronto hacia la escotilla. Dylla continuaba inconsciente.

—Tenemos que hacer algo antes de que despierte, Smaia, algo que la impida aprovechar la formidable energía de veinte cerebros actuando simultáneamente —exclamó.

—Lo siento, no se me ocurre ninguna idea al respecto —contestó la muchacha.

CAPITULO XI

Dylla empezó a recobrar el conocimiento. Aun disgustándole hacerlo, Murney volvió a golpearla en la mandíbula.

—He visto algo que quizá pueda servirnos —dijo él, señalando unos arbustos que crecían no lejos del lugar en que se hallaban.

—¿Qué es, Lee? —preguntó Smaia.

Murney sonrió.

—Adormideras —contestó.

—Oh —exclamó ella—. ¿Piensas drogarlos?

—He visto un almacén de víveres en la nave. Es indudable que hay momentos en que Dylla debe permitir que sus secuaces despierten para alimentarse. Bien, aunque no sea en estado completamente puro, les pondremos narcóticos en la comida.

—Opio, ¿eh?

—Exactamente.

—Pero hay que destilar las flores de adormidera...

—Deja eso de mi cuenta. Tú vigila a Dylla. Si ves que despierta, avísame.

—Escucha, tengo un anestésico en el botiquín de primeros auxilios. Creo que resultaría mejor que no golpearla cada vez que abre los ojos.

—Tienes razón —sonrió Murney—. Además, es muy incómodo. Procura darle la dosis necesaria para cinco o seis horas como mínimo.

—De acuerdo.

Murney empezó a trabajar activamente. No disponía de medios, pero en la astronave encontró algunos elementos con los que pudo efectuar una breve y rudimentaria destilación de las flores de adormidera. Mientras lo hacía, Smaia le preguntó por qué no ensayaba igualmente el anestésico sobre los secuaces de Dylla.

—El que tú has empleado, que es el mismo, probablemente, que el que debe de haber en el botiquín de la nave, se aplica mediante pulverización. No puedo pulverizar una dosis de anestésico en el agua o el vino que han de beber los télépatas; el gusto lo delataría, suponiendo que no se evaporase antes.

—Y el opio seguirá disuelto indefinidamente.

—Por supuesto.

—Pero también notarán el sabor...

—Como nosotros, ellos no están habituados al opio. Además, he visto botellas de vino en el almacén de víveres. Estoy seguro de que ella los reconfortará con una copa cuando despierten. Esos pobres desdichados sufren un tremendo desgaste mental.

—Ya entiendo —dijo Smaia.

—Además, incluso aunque no queden narcotizados, el opio alterará sus facultades mentales lo suficiente para reducirlas a una potencia normal, análoga a la nuestra.

Cuatro horas más tarde, Murney había obtenido una buena cantidad de un líquido muy espeso, de gran densidad y color marrón rojizo, casi negro. Probó un poco con la punta de la lengua y chasqueó satisfecho.

—Hombre, un laboratorio farmacéutico no me admitiría como analista precisamente, pero aquí no se busca la pureza, sino que produzca los efectos que deseamos.

Corrieron a la nave. En una de las estanterías, había unas cuantas

botellas de vino. Las destaparon con gran cuidado, procurando no alterar los precintos en demasía, y tras quitar en cada una de ellas la cantidad equivalente a media copa, vertieron una cantidad análoga del opio tan rudimentariamente elaborado por Murney.

Luego procuraron dejar todo en perfecto orden. No obstante, Murney arreó con una botella de vino.

—Me gustará celebrarlo más tarde —dijo sonriendo.

Abandonaron la nave. Dylla continuaba dormida.

—No tardará mucho en despertar —supuso Smaia, tras una rápida mirada a su reloj de pulsera.

—Bien, pero ya no podemos perder más tiempo. ¡Smaia, en marcha hacia el país de los tzaidis

* * *

Dylla abrió los ojos y, durante unos momentos, permaneció tendida, contemplando los objetos con mirada vaga y ausente. De pronto, sintió un leve dolor en la mandíbula y se sentó de golpe en el suelo.

—¡Maldito Lee! —dijo, rabiosa.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. De Murney y la chica que le acompañaba, no se veía el menor rastro.

—Los alcanzaré, juro que los alcanzaré —se prometió a sí misma, en tanto corría hacia la astronave.

Dylla pensó en el extraño casquete de mallas negras que Murney llevaba puesto sobre la cabeza. Ignoraba que estaba construido con cabellos de gigante, pero tenía la plena convicción de que aquel casquete le había impedido dominar la mente del joven.

—No importa —dijo, al entrar en la nave.

Llegó a lo que deberla haber sido cabina de mando y lanzó una potente orden mental:

—¡Despertad!

Minutos más tarde, un hombre joven y bien parecido llegaba a la cámara.

—Tengo que darte, instrucciones, Rashad —dijo ella—. Es preciso que repongáis fuerzas. Necesito de vuestras mentes para perseguir a Murney y a su acompañante.

—Como tú ordenes —contestó Rashad.

—¿Podréis estar listos dentro de treinta minutos?

—Sin duda alguna, Dylla.

—Bien, entonces, no hablemos más. Avísame al terminar.

—Sí, Dylla.

Rashad se marchó. Poco después vino con una bandeja en las manos.

—Tú también necesitas comer —indicó.

Dylla hizo un gesto negativo.

—No tengo apetito y mi desgaste mental es mucho menor que el vuestro —repuso^-. Comeré más tarde, cuando haya alcanzado a esa pareja. Gracias de todos modos, Rashad.

—Como gustes, Dylla.

Un cuarto de hora más tarde, Rashad anunció que ya estaban dispuestos de nuevo.

Dylla emitió su segunda orden mental:

—¡Dormid!

Antes de un minuto, veinte personas dormían profundamente en sus literas. Dylla cerró los ojos.

Se concentró. Casi en el acto, vio mentalmente a una pareja que caminaba a lo largo de una llanura con suaves ondulaciones.

—Ya los tengo —murmuró—. ¡Arriba! —ordenó con la mente.

La nave se elevó del suelo, movido por la potencia psíquica de veinte cerebros que actuaban al mismo tiempo.

—¡Aprisa, aprisa, yo os guiaré con mi mente! —exclamó Dylla.

La nave arrancó a buena velocidad, moviéndose a quince o veinte metros del suelo. Una vez hubo sido orientada en el rumbo deseado, Dylla corrió a su cámara.

Con morbosos placer examinó la pistola descohesionadora que había sacado de su equipaje.

—Ella morirá —murmuró—. Pero tú, te guste o no, serás mío... con todo el ruwadio que hay en este condenado planeta.

La pistola fue a parar a un cinturón, que se puso en torno a su esbelto talle. Luego agarró unos prismáticos y volvió a la cámara de proa.

Media hora más tarde, y sin necesidad de emplear la mente, divisó a una pareja que se movía a través de la planicie.

—¡Ahí están! —gritó.

Repentinamente, la nave perdió velocidad.

Dylla se tambaleó.

—Pero, ¿qué sucede? —gritó—. ¡Adelante, adelante!

Sus órdenes mentales no fueron obedecidas. Dylla exploró telepáticamente un par. de cerebros y los halló completamente en blanco.

—Dormidos..., están dormidos...

La nave se acercó al suelo. Movida por el impulso adquirido durante la marcha, resbaló sobre la hierba un centenar de metros, saltando en ocasiones como una pelota, y, al fin, acabó por detenerse, quedando inclinada a un lado.

Dylla recibió unos cuantos golpes, no demasiado fuertes, sin embargo. Ebria de ira, gateó hasta abrir la escotilla y se precipitó al exterior.

Había llevado los prismáticos consigo. Con ellos buscó a la pareja.

Murney y Smaia se habían detenido a unos mil metros de distancia. A Dylla le sangró el corazón de rabia, cuando vio que él agitaba una botella en son de burla.

Segundos más tarde, los dos jóvenes habían desaparecido de su vista.

* * *

—Creí que llegarían a alcanzarnos —dijo Smaia, minutos después.

—Yo también pensé lo mismo, aunque, por fortuna, no ha sido así —respondió Murney.

—Es extraño, Lee. ¿Cómo ha tardado tanto tiempo el opio en hacer sus efectos? —quiso saber ella.

—No puedo darte una respuesta exacta. Sólo me queda el recurso de especular con lo que haya podido suceder, Smaia. Si todo ocurrió como calculamos, los acompañantes de Dylla debieron de comer algo y luego ella les ordenó dormirse de nuevo y mover la nave con sus mentes. Es hipnotismo, en el fondo; pero, al cabo de un rato, las órdenes mentales de Dylla han ido borrándose de las mentes de sus

secuaces, hasta que su potencia cerebral ha fallado por completo. Ten en cuenta que la dosis de opio que les aplicamos era empírica, sin saber si era mucha o poca.

—Creo que entiendo. Y ahora no sabemos cuánto va a durar su estado de narcosis.

—Quizá las mentes de esos seres queden afectadas largo tiempo por la droga. En todo caso, hemos ganado el tiempo suficiente para que ella no pueda alcanzarnos.

—No estés tan seguro, Lee. Hay siete u ocho jornadas a pie hasta el yacimiento de ruwadio.

Murney silbó.

—Me gustaría tener aquí a Turd —dijo—. En pocas horas nos llevaría al país de los tzaid.

—Tenemos que conseguirlo sin ayuda, Lee —respondió la muchacha.

—Por cierto, ¿en qué estriba la peligrosidad de los tzaid? ¿Cuáles son las armas que usan?

—Los tzaid, en sí, no son peligrosos. El peligro está en la Zona Mefítica.

—¡Hum! —dijo él—. Ese nombre suena a pantano o algo por el estilo.

—Así es —confirmó Smaia—. Es un círculo pantanoso que rodea por completo toda la región de los tzaid. Su anchura media es de cincuenta o sesenta kilómetros y encierra un círculo cuyo diámetro no baja de otros tantos kilómetros. Los tzaid viven en el centro, en la parte más elevada, a unos mil quinientos metros sobre el nivel de los pantanos.

—Sabes mucho sobre el país de los tzaid, Smaia —comentó Murney.

—Hablé con uno de ellos. Él fue quien me relató todo cuanto te he

dicho y me indicó la existencia del yacimiento de ruwadio.

—¿Te lo dijo por propia voluntad? —preguntó el joven, receloso.

—No lo atormenté, si es eso lo que quieres saber. Era un viejo harapiento, medio muerto de hambre y casi completamente depauperado. Tuve compasión de él y lo llevé a mi casa. Pero tenía ya demasiados años y murió a los pocos días. Apenas si podía hablar, aunque entendí lo principal. Él fue quien me dio el trozo de ruwadio que alguien me robó.

—Ya entiendo. Del ruwadio se ha hablado mucho, pero se han visto pocas muestras y no es un mineral que esté al alcance de todos.

—Ahora tendremos nosotros todo el que queramos —aseguró Smaia, con los ojos muy brillantes.

—Con permiso de Dylla, de Cackooth y de algunos otros —sonrió él.

—Nosotros llegaremos antes, Lee.

—Admito tu optimismo, aunque, por lo que estoy viendo, tu permiso para desembarcar en Ruwawud no te ha servido de mucho. Otros lo han hecho también...

—Claro, y todo el que quiera puede venir a Ruwawud, con o sin permiso. Pero mientras nosotros nos hallamos aquí legalmente, los otros tendrán que enfrentarse con los Tribunales de Defensa de Planetas Inexplorados. Tú ya sabes las penas que sufren quienes violan la ley D. P. I.

—Lo sé, lo sé, en efecto —convino él—. Pero, a pesar de todo...

—La ley de Defensa de Planetas Inexplorados no es un papel mojado. Sus artículos se aplican con toda rigurosidad, en el caso de un planeta inexplorado, pero habitado por seres inteligentes. Este es el caso de Ruwawud. ¿Lo entiendes ahora?

—Desde luego, aunque no veo por aquí ninguna patrulla de policía que se encargue de detener a los transgresores de esa ley —respondió Murney con sorna.

—Oh, no seas estúpido —le apostrofó ella—. Cuando salgamos de Ruwawud...

—Primero tenemos que atravesar los pantanos y, si son como otros que yo conozco, corremos el riesgo de ir a parar al estómago de un saurio exápodo. Sólo podremos cantar victoria cuando hayamos ido y vuelto del país de los tzaidis con el pellejo intacto.

CAPITULO XII

El hacha que empuñaba Murney se movía incesantemente. Por su parte, Smaia no estaba inactiva y también colaboraba con el joven en la construcción de la balsa que debía servirles para atravesar la zona pantanosa que circundaba el país de los tzaidis.

Habían transcurrido casi dos semanas desde el encuentro con Dylla. De Cackooth y sus compañeros supervivientes no tenían aún la menor noticia.

Murney quería construir una balsa grande y lo suficientemente sólida para resistir los embates de los gigantescos animales que pululaban por el pantano. Se preguntó si unos cuantos kilos de ruwadio merecían la pena de los esfuerzos que realizaban y los riesgos que iban a correr.

Con fibras vegetales unían los troncos que formarían la plataforma, cuyos costados irían convenientemente protegidos por una recia borda.

—El principal problema estriba en botarla —dijo ella.

—Está solucionado, aunque nos retrasará algunos días —contestó Murney evasivamente.

Smaia se quejó.

—Estoy destrozándome las manos —dijo—. Nunca había hecho una labor semejante...

Murney suspendió un momento su trabajo para mirarla con la sonrisa en los labios.

—¿De qué te lamentas? —le reprochó—. Eres tú quien desea el ruwadio más que todas las otras cosas del mundo. No es nuestra la culpa si hemos sufrido tantos contratiempos... Además, aprendes el arte de tejer, como han hecho infinidad de mujeres en el pasado.

Smaia contempló la sogá que elaboraba a base de fibras vegetales, que

abundaban en aquellos parajes.

—¿Son necesarias tantas cuerdas? —preguntó.

—Todavía hay que hacer muchas más —repuso él, inflexible.

Smaia volvió a la tarea y Murney reanudó la corta de troncos, que procuraba fuesen, además de lo suficientemente sólidos, iguales en dimensiones. Así continuaron durante seis días más, hasta que la balsa quedó construida.

Todavía tuvieron que perder otros dos días, mientras Murney construía una rudimentaria guía que permitiera izar aquel pesado armatoste y botarlo a las aguas del pantano. Al fin, el "aparejo quedó listo cerca del anochecer del último día de trabajo.

—Partiremos mañana, al amanecer. No sería conveniente iniciar el cruce del pantano durante la noche. Con un poco de suerte, habremos llegado a la noche a la orilla opuesta.

Smaia aprobó la decisión del joven.

—Estoy mortalmente cansada —dijo—. Creo que dormiré como un tronco.

Murney encendió la hoguera, como todas las noches. Los ruidos del pantano, alaridos, chasquidos de mandíbulas, silbidos, gruñidos, les llegaban continuamente. Era un concierto aterrador, que sólo se podía resistir con los nervios muy templados.

Pero Murney también se sentía muy fatigado y, pese a sus esfuerzos por mantenerse despierto, acabó por caer en un profundísimo sueño.

* * *

Un fortísimo grito de Smaia le despertó, haciéndole sentarse en el suelo, vivamente alarmado.

—¡Smaia! ¿Qué ocurre? —exclamó.

—¡La balsa!, Lee, ha desaparecido —contestó ella, con voz llena de aflicción.

Murney recorrió con Ja vista el panorama que les rodeaba. Frente a ellos, a cincuenta o sesenta pasos de distancia, estaba la orilla del pantano, junto a la cual habían dejado la balsa el día anterior.

Ellos habían dormido en un lugar elevado, a fin de prevenir posibles ataques de fieras dañinas. Smaia tenía razón: la balsa construida con tanto trabajo había desaparecido.

Los vapores del pantano se hacían más espesos lejos de la orilla. A Murney se le hacía incomprensible el misterio de aquella desaparición.

De repente, se oyó una ruidosa carcajada a cierta distancia.

—¡Capitán Murney!

El joven se puso en pie de un salto. Era ya de día y podía ver las cosas sin dificultad.

—¡Ha sido él, Cackooth! —chilló Smaia.

Cackooth rió de nuevo. En compañía de tres de sus secuaces, sin duda los supervivientes de su banda, se hallaba a unos treinta pasos de la pareja y hacia su derecha.

Murney buscó su pistola descohesionadora. Pero los otros estaban también armados y podían responder a su fuego con armas análogas. De momento, se dijo, no parecían hostiles, aunque sus intenciones se le revelaron patentes a primera vista.

Los cuatro individuos llevaban a la espalda sendos propulsores individuales.

—Los salvamos de la nave destruida —gritó Cackooth alegremente.

—Ha tenido mucha suerte, en efecto —admitió Murney, con la cara

muy seria—. Pero, ¿qué es lo que piensan hacer con nosotros?

—Ahora lo verá, Lee —respondió el sujeto.

—Nosotros también teníamos propulsores individuales —contestó Murney—. ¿Acaso me crees tan tonto como para no haberlo comprobado antes?

—Pero ellos...

—Eran veinte, al menos. De sus veinte propulsores, cuatro estaban en buen estado. Ahora los usan, eso es todo.

Smaia tuvo que aceptar las razones del joven. De pronto, Cackooth gritó:

—Lee, su idea de la balsa era buena, pero no se la vamos a dejar aquí para que la utilice.

Uno de los secuaces de Cackooth se sintió de pronto aprensivo:

—Jefe, este artefacto es demasiado pesado...

—Calla, estúpido, sólo se trata de un par de cientos de metros —le interrumpió Cackooth.

—¡Rex! —llamó Murney.

—Dígame, Lee.

—Supongamos que consigue el ruwadio. Está aquí ilegalmente.

—No me encontrarán las patrullas de la D. P. I., quédese tranquilo —rió el individuo.

—Pero salir de Ruwawud...

Cackooth parecía de un humor excelente.

—Tengo un socio —explicó—. Fijamos un plazo razonable para que viniese a buscarme, si antes no recibía noticias mías. Vendrá a buscarme, se lo aseguro.

—Se las piensa todas. ¡Suerte, Rex!

—Gracias, Lee. Muchachos, ¿listos?

—Sí, jefe —contestaron los otros tres al mismo tiempo.

—Entonces..., ¡arriba!

* * *

Los cuatro propulsores individuales actuaron al mismo tiempo. Pero la balsa, tal como había pronosticado uno de los forajidos, era harto pesada y apenas si consiguió separarse del suelo un par de palmos.

—¡Vamos, imbéciles! —gritó Cackooth—. Máxima potencia a los propulsores. Sólo se trata de unos minutos... ¡Fuerza, fuerza!

Los tubos de eyección de las máquinas vomitaron enormes chorros de llamas. Envueltos en humo, los cuatro individuos ganaron seis o siete metros de altura.

—A la derecha —ordenó Cackooth—. Luego, cuando yo lo diga, soltaremos la balsa.

El grupo "entero" empezó a moverse lateralmente, hacia el pantano. Cackooth daba continuamente instrucciones a sus secuaces, a fin de que la operación resultase fructífera.

Murney suspiró.

—Ahí van dos semanas de sudor —dijo.

Smaia apretó los labios. Sentía ganas de llorar de rabia.

Lentamente, los cuatro individuos se acercaron al pantano.

—Hay que dejar la balsa a suficiente distancia de la orilla como para que ellos no puedan alcanzarla —dijo Cackooth.

Minutos más tarde, se hallaban a unos setenta u ochenta metros de la orilla y a media docena de metros sobre el nivel de las aguas. Entonces ocurrió algo inesperado.

Un larguísimo tentáculo de color negruzco surgió de las humeantes aguas del pantano y se enroscó en el tobillo izquierdo de uno de los forajidos. El hombre chilló de pánico.

—¡No te sueltes! —aulló Cackooth—. Nosotros te ayud...

El tentáculo tiró con fuerza, secamente. Se oyó un terrible grito y el individuo cayó de cabeza al agua, a pesar de su propulsor individual.

La balsa se desequilibró súbitamente. Otro de los sujetos, sorprendido por el súbito descenso del armazón, volteó sobre sí mismo y, empujado a toda potencia por su propulsor, se hundió en el agua.

Los otros dos soltaron las cuerdas con las que habían tirado de la balsa. Pero lo hicieron con demasiada precipitación, sin reparar en que tenían sus propulsores a máxima potencia.

Aquellos aparatos, en caso necesario, podían hacer volar a un hombre a doscientos kilómetros por hora. Cackooth y el otro salieron disparados, pero sin rumbo, volteando aparatosamente por los aires, perdido por completo el gobierno de sus máquinas.

El vuelo de Cackooth duró muy poco. Antes de que recuperarse el dominio de su propulsor, se estrelló de cabeza contra el tronco de un árbol de inusitado grosor.

El superviviente pareció iba a salvarse. Descendió oblicuamente, rozó las aguas e incluso consiguió elevarse, pero no pudo salvar el obstáculo de otro árbol, debido a la elevada velocidad con que se movía.

Las aguas espumearon durante unos minutos en el lugar donde se habían hundido los dos primeros forajidos. De pronto, se produjo una terrible explosión.

Un colosal chorro de sucias espumas subió a lo alto, junto con fragmentos de cuerpos de hombres y de animales. Luego, poco a poco, la superficie del pantano recobró su lisura habitual.

Entonces, inesperadamente, de un modo que a Smaia le pareció absurdo, Murney echó a correr, alcanzó la orilla del pantano y se tiró de cabeza al agua.

CAPITULO XIII

La balsa se movía lentamente, propulsada por las dos largas pértigas que Murney había construido a prevención.

—Es una lástima que no sople viento —dijo él—. De lo contrario, hubiéramos fabricado una vela...

—Y la hubiera tejido yo.

Murney se echó a reír.

—Claro, desempeñando el papel que te corresponde en esta representación —contestó.

—No me hables así —dijo Smaia—. Esto no tiene nada de teatral, Lee. Cada vez que me acuerdo de la locura que hiciste al tirarte de cabeza al agua, me pongo pálida.

—Pues no se te nota en absoluto —dijo él, sin perder su buen humor—. Tienes la piel deliciosamente tostada y... En serio, Smaia, había que hacerlo, aprovechando la explosión de uno de los propulsores sumergidos. Los bichos que no murieron, escaparon asustados.

—Y así pudiste ganar la balsa. Visto ahora, en frío, tenías razón, Lee, pero no vuelvas a repetirlo.

—No trabajamos en vano, Smaia —contestó él.

—Lo peor de todo es si se nos echa la noche encima —se estremeció la joven.

—Encenderemos las antorchas. Las fieras huirán asustadas.

—Tu optimismo es incorregible. Me gustaría ser como tú —suspiró Smaia.

—Pero, ¿no quieres conseguir el ruwadio? Si no eres optimista, no veo

cómo alcanzarás tus deseos, muchacha.

Ella apretó los dientes. Murney tenía razón.

Había ido a Ruwawud con un objeto bien definido y no podía abandonar la partida ahora, cuando ya tenía el triunfo al alcance de la mano.

Era una jugada en que apostaba mucho, tal vez la vida, pensó. Pero si vencía, las ganancias serían exorbitantes.

—Smaia —preguntó él de repente—, ¿cuál es la cotización actual del ruwadio?

—Cuando salimos de Nováfrica, estaba a dos mil créditos el miligramo. Durante el viaje, escuché la radio en varias ocasiones. El precio había subido ya en ciento doce créditos y sesenta y dos vigésimos.

—¿Cuánto piensas llevarte, Smaia?

—Oh, con un par de kilos tendré más que suficiente.

—Serán más de dos mil millones de créditos, Smaia. Te convertirás en una mujer inmensamente rica...

—No tanto, Lee. Un par de kilos harán bajar radicalmente los precios. De todas formas, no me pagarán menos de cien créditos el miligramo.

—Doscientos millones tampoco es una fruslería, muchacha.

—La mitad serán para ti, Lee.

—¡Generosa! —rió él.

—Si no hubiera sido por ti, yo no...

—Todavía no hemos avistado el yacimiento de ruwadio. Espera a conseguir tu presa, para pagarme.

—Ahora, el pesimista eres tú —le apostrofó ella.

—No, simplemente, realista. De que llegaremos al yacimiento, no me cabe la menor duda. Otra cosa será conseguir esos dos kilos de ruwadio que piensas llevarte, como mínimo.

—Lo conseguiré, Lee.

—Ojalá se cumplan tus deseos —repuso él lacónicamente.

Las aguas se agitaron de repente frente a ellos, a unos treinta metros de distancia. Murney soltó la pértiga en el acto.

—Smaia, ponte en el centro de la balsa, rápido —ordenó.

* * *

La joven obedeció en el acto. Murney se inclinó y tomó un largo palo, que llevaba sujeto otro más corto en uno de sus extremos.

Era una especie de T con el palo vertical más largo de lo corriente. El horizontal medía cosa de un metro y terminaba en sendas puntas, muy aguzadas. Uno y otro tenían alrededor de diez centímetros de grueso.

—Tienes una pistola descohesionadora —le recordó ella.

—No sirven contra estos bichos —contestó Murney—. ¿Por qué te crees que perdí el brazo en una ocasión?

Algo se agitó bajo las aguas, ahora más cerca.

Murney tenía los ojos fijos en los remolinos que se producían bajo la superficie.

—Ni contra un gigante servirían tampoco —añadió—. Están calculadas para seres humanos o animales de su tamaño. Cackooth lo sabía y por eso empleó cañones contra los gigantes.

El saurio exápodo asomó de pronto.

Smaia lo contempló con ojos de pánico. Era un animal gigantesco, de casi diez metros de largo, con una boca en la que cabía casi un hombre. Los dientes parecían navajas de afeitar y estaban distribuidos en tres terroríficas hileras en cada mandíbula.

Lentamente, paso a paso, Murney se acercó al borde de la balsa. El saurio atacó de pronto.

Murney alargó el palo y lo metió en la boca de la bestia. Cuando el saurio cerró la boca, la estaca de dos puntas se le clavó en ambas mandíbulas.

Se oyó un rugido aterrador. El saurio se sumergió bajo las aguas y empezó a dar furiosos coletazos, con ánimo de desprenderse de aquel extraño palo que le impedía cerrar la bocaza.

Murney agarró una de las pértigas. Ya tenía cierta experiencia en la lucha contra aquellos monstruos.

Uno de los extremos terminaba en punta. Cuando el animal asomó la cabeza de nuevo, Murney se tiró a fondo y le clavó la pértiga en uno de los ojos.

El instinto de la bestia le hizo comprender, por medio del dolor, que lo que había creído presa fácil era un enemigo demasiado peligroso. Emitiendo roncós bramidos, a la vez que agitaba la cola con tremendas sacudidas, dio media vuelta y escapó, en medio de un turbión de sucias espumas.

—No estoy segura de haberlo soñado —dijo Smaia una vez se hubo alejado el peligro.

—Adquirir esta experiencia me costó un brazo en cierta ocasión —repuso Murney—. Por eso me previne adecuadamente.

Agarró la pértiga de nuevo y miró a la joven sonriendo.

—¡Vamos, el ruwadio te espera! —exclamó.

La balsa tocó tierra firme en medio de una oscuridad impenetrable. Sin embargo, las antorchas que Murney había preparado permitían ver lo suficiente para darse cuenta de que habían llegado a la orilla del pantano.

Murney cargó con su mochila y la de Smaia. La joven parecía agotada y él tuvo que ayudarla a saltar a tierra.

A pesar de todo, Murney consideró oportuno alejarse un par de kilómetros del pantano. Smaia sacó fuerzas de flaqueza y caminó a su lado, hasta que el joven dio orden de alto.

Smaia se dejó caer al suelo.

—Sólo quiero dormir, dormir... —murmuró.

Murney asintió. También él se sentía enormemente cansado.

El viaje, contra lo que habían creído en un principio, costó más de dos días de viaje, casi sesenta horas. Había sido una pesadilla, luchando casi continuamente contra las fieras del pantano, sin dormir en ningún momento y trabajando con las pértigas a fin de ganar la orilla en la cual se encontraban ahora.

La temperatura era excelente. No necesitaban protección adicional de ropa de abrigo, así que les bastó tenderse en el suelo, para quedarse dormidos profundamente a los pocos momentos.

Murney fue el primero en despertarse a la mañana siguiente. Tenía los músculos envarados y se levantó para hacer unas cuantas flexiones. Estiró los brazos, pero no llegó a completar el movimiento.

El espectáculo que contemplaba le dejó unos segundos con la respiración en suspenso. A lo lejos, cerca del horizonte, se divisaba una altísima montaña, con la forma de un cono casi perfecto, situado sobre una base o pedestal de trazado circular.

La limpidez de la atmósfera, en comparación con el turbio ambiente del pantano, era extraordinaria. Murney calculó la distancia a la montaña en no menos de treinta o treinta y cinco kilómetros.

El vértice del cono refulgía extraordinariamente, enviando vivos destellos blanco azulados a todas partes, al ser heridos por los rayos del sol de Ruwawud. Era un espectáculo de una belleza increíble, una maravilla de la naturaleza jamás vista antes por Murney.

Smaia despertó en aquel instante y le vio parado, con la vista fija en la lejanía. Se incorporó un poco y miró en la misma dirección.

—Al fin —exclamó, arrobada—. Allí está... nuestra fortuna... Lo que nunca creí llegar a conseguir...

—Todavía no lo has conseguido —dijo Murney secamente—. Aún no tienes en la mano ni siquiera un gramo de ruwadio.

* * *

A medida que avanzaban, el terreno perdía su aridez y se transformaba en un vergel lleno de colorido. La vista, sin embargo, había engañado a Murney; la montaña en la que se hallaba el ruwadio estaba, en realidad, a cincuenta kilómetros.

Alcanzaron la base al mediodía siguiente. Murney se sintió preocupado al ver el nuevo obstáculo que debían franquear.

La base de la montaña era un farallón de paredes verticales, que no tenían menos de cuatrocientos o quinientos metros de altura. Arriba había una zona llana, en la que, desde lejos, habían visto una abundante vegetación. El cono montañoso, en cuya cima se hallaba el ruwadio, medía mil o mil doscientos metros más de altura, por diez o doce kilómetros de circunferencia en su base.

Pero, en apariencia, no había camino de acceso a la parte alta de los farallones. Y ni siquiera disponían de medios de escalar aquellos impresionantes muros de roca.

—Tiene que haber una entrada por alguna parte. Yooni no me mintió, no me mintió —dijo Smaia, tremendamente excitada.

—¿Quién es Yooni? —preguntó él.

—El hombre que me dio los informes sobre el ruwadio. Un miembro de la tribu de los tzaidis..., pero ya ha muerto hace mucho tiempo —contestó la joven.

—Bien, vamos a ver. Aquí no nos podemos quedar parados, Smaia.

Reanudaron la marcha. De cuando en cuando, encontraban alguna grieta, pero pronto se decepcionaban al ver que no conducía a ninguna parte.

Smaia empezaba a desanimarse. Murney seguía caminando con las mandíbulas apretadas. Tenían la meta a la vista y ahora no podían retroceder; debían alcanzarla, al precio que fuese.

Cuando llevaban una hora de marcha, Murney divisó una grieta que parecía mayor que las que habían visto hasta entonces. Era sumamente estrecha, no más de dos metros de pared a pared y éstas parecían juntarse arriba, sobre sus cabezas.

—Ven, Smaia —indicó.

Se adentraron en la grieta, que era de trazado serpenteante. Hacía numerosas eses, lo que impedía ver lo que había a pocos metros de cada recodo.

Súbitamente, se encontraron con un obstáculo inesperado.

Una puerta de metal.

Habían llegado al final de la hendidura, pero la puerta les cerraba el paso.

Sobre la puerta había un letrero, cuya lectura les hizo dudar de la integridad de sus facultades mentales:

ASCENSOR

Funciona con una moneda de 25 C.

C. era el signo de crédito, la moneda que debía emplearse para que el ascensor les llevara a la explanada superior. Murney se quedó anonadado.

Por su parte, Smaia rompió a reír, en un incontenible ataque de histerismo.

* * *

—Veinticinco créditos... Y no llevamos encima ni un solo vigésimo.

Smaia lloraba y reía al mismo tiempo. Murney se volvió hacia ella y la miró furioso.

—Tu informador era idiota de nacimiento. ¿Cómo no te informó de la existencia de este maldito ascensor? —la apostrofó rudamente.

Ella se secó los ojos.

—No lo sé... No se encontraba en muy buen estado, ya te lo he dicho. Era muy viejo y puede que la mente no le funcionase bien del todo... Pero la muestra que me entregó antes de morir, me convenció plenamente...

—¿Dificultades? —sonó de pronto una voz conocida.

Murney y Smaia se volvieron al mismo tiempo.

Parada a pocos pasos de distancia, con la sonrisa en los labios, estaba Dylla Bdynus.

La mujer parecía gozarse al contemplar el abatido aspecto de la pareja. Murney apreció que vestía un ceñido traje negro, de tejido muy brillante y de una sola pieza. Dylla, indudablemente, conocía el valor de sus encantos físicos y sabía cómo resaltarlos.

Una moneda apareció en la mano de Dylla. El disco plateado saltó varias veces en el aire, mientras su dueña sonreía con expresión llena de malicia.

—Lee, fuiste muy listo —dijo—. ¿Cómo conseguiste inutilizar mis «motores» mentales?

—Opio —respondió el joven—. Destilé flores de adormidera y puse un poco de opio en unas cuantas botellas.

—Creo que entiendo. Esa droga aturdió las mentes de mis hombres.

—Con esa intención lo hice, Dylla.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —preguntó Smaia.

—Mi nave disponía de un bote de salvamento. El motor se estropeó con el impacto, pero cabían cuatro personas. Tres de ellas emplearon sus cerebros para mover el aparato.

—A eso sí que se le puede llamar sorber el seso a una persona —rezongó Murney—. Te irás por el mismo procedimiento, supongo.

—Los otros están reparando la nave. Estará lista cuando regresemos —contestó Dylla.

—Un momento —exclamó Smaia—. Ha dicho usted que llegó hasta aquí por medio de la energía mental de sus subordinados. ¿Por qué no ha ido arriba directamente?

—No se puede. Ignoro las causas, aunque sospecho que el ruwadio tenga mucho que ver con ello, pero la potencia mental de los telépatas queda considerablemente disminuida a unos cientos de metros del suelo. En esta zona, por supuesto.

—Y has tenido que venir a la entrada —dijo Murney.

La moneda saltó nuevamente en el aire.

—Alguien colocó ahí ese ascensor, sin duda un tipo con un acusado sentido del humor —sonrió Dylla—. Pero les dejaré que suban conmigo, si aceptan un trato.

—¡De acuerdo! —exclamó Smaia con gran vehemencia.

Dylla le dirigió una mirada oblicua.

—Muchacha, voy a pedirle mucho —dijo—. Piense bien antes de aceptar.

—Ya lo he pensado —respondió Smaia—. Acepto el trato, cualesquiera que sean sus condiciones.

—¿Y tú, no dices nada, Lee? —preguntó Dylla, dirigiéndose al hombre.

—¿Yo? —Murney sonrió—. Ella es la que manda. Yo solamente soy su asalariado.

—Vamos, hable de una vez —pidió Smaia, muy nerviosa.

—Conforme. Les dejaré venir conmigo. Pero tú, Lee...

Dylla se interrumpió un segundo, Murney advirtió que sólo pretendía gozarse en su ansiedad.

—Smaia, ese hombre será mío —pidió Dylla.

Murney respingó. Smaia vaciló.

Hubo una pausa de silencio. La moneda volvió a saltar de nuevo en la palma de la mano de Dylla.

Smaia desvió la vista. Murney aguardaba calladamente.

—Está bien —dijo Smaia de pronto—. Acepto esa condición. Murney es suyo.

—Ya lo has oído. Lee —sonrió Dylla.

Murney se inclinó.

—Soy tu esclavo a partir de este momento —aseguró.

Dylla avanzó unos pasos. La moneda pasó a través de la ranura y la puerta del ascensor se abrió.

CAPITULO XIV

Caminaban a través de una llanura con ligeras ondulaciones, cubierta de césped y florecillas y con numerosos árboles, que proporcionaban grata sombra. Había también bastantes arroyuelos, que serpenteaban entre la hierba y se perdían a lo lejos, sin duda en sus desagües subterráneos.

Lo que más atraía la atención de los caminantes eran las numerosas personas que se veían por todas partes, la inmensa mayoría tendidas lánguidamente al pie de los árboles. Trataron de hablar con algunos de ellos, pero nadie les contestó.

Ni siquiera parecían tener noción de que eran interrogados. Incluso los que deambulaban lentamente de un lado para otro, que eran los menos, parecían reparar en ellos.

—Un mundo de lotófagos —murmuró el joven.

—Son los que comían la flor del loto para olvidar todo cuanto les rodeaba, ¿no es así? —dijo Dylla.

—En efecto. La flor del loto les proporcionaba el olvido absoluto.

—Lo que, en cierto modo, no deja de ser también la felicidad absoluta.

Smaia no decía nada. Caminaba en silencio, los labios cerrados obstinadamente, en dirección a la montaña en cuya cima se veía la gigantesca piedra de ruwadio.

Era un colosal bloque de centenares de metros de diámetro y, aunque se veían numerosas irregularidades en su estructura, parecía casi completamente esférico. Su brillo resultaba cegador si se le miraba de frente.

La montaña, de pendientes relativamente suaves, no sería difícil de escalar, pensó Murney. El hacha que le había servido para cortar los

troncos con los que había construido la balsa, serviría igualmente para arrancar unos cuantos fragmentos de la maravillosa piedra.

Había cientos y cientos de personas y nadie les miraba ni les dirigía la palabra. Tampoco intentaban cerrarles el paso.

—¿Quién dijo que los tzaids eran hostiles? —exclamó Murney de repente.

—Yooni me informó que, si seguía aquí mucho tiempo, moriría —contestó Smaia—. Eso es todo lo que sé.

—Un mundo lleno de paz —dijo Murney—. Dan ganas de quedarse aquí.

—¿Y vivir como vegetales? —exclamó Dylla—. ¡Repugnante!

La mayoría de los árboles eran frutales. De cuando en cuando, alguno de los habitantes de aquel país se levantaba y cogía una fruta, que luego se comía sin prisas. Al terminar, se tendía nuevamente en el suelo y seguía en su actitud indolente.

Había también mujeres. En general, el promedio de edad de aquellas personas era muy avanzado.

Los jóvenes eran escasos, apreció Murney. No obstante, incluso los más ancianos tenían un aspecto excelente. Pero su actitud de abulia absoluta, de completo desinterés por cuanto les rodeaba, preocupaba no poco a Murney.

Una hora más tarde, alcanzaron la base de la montaña. Murney calculó que les costaría otras horas llegar al ruwadio.

Entonces fue cuando oyeron una voz a poca distancia:

—¿Habéis venido para quedaros, extranjeros?

Murney y las dos mujeres se volvieron en el acto.

Sentado sobre una roca, a cuatro o cinco pasos, había un anciano de larga barba blanca, que sujetaba con las manos un bastón hecho con la rama de un árbol. A Murney le dio la sensación de que aquel sujeto tenía cientos de años de edad.

—¿Quién eres tú? —preguntó Murney.

—Roho —contestó el anciano—. Si en este país hubiese una estructura política semejante a las vuestras, yo sería el jefe.

—Entiendo. —Murney hizo las presentaciones—. Roho, hemos venido a llevarnos unos trozos de ruwadio —añadió a continuación.

El cayado señaló hacia la montaña.

—Está allá arriba. Podéis llevaros cuanto os apetezca —contestó.

—¿Cómo? —se asombró Smaia—. ¿No se opone a nuestro deseo?

—¿Por qué iba a oponerme? —sonrió Roho—. Lo difícil es llegar hasta aquí y vosotros lo habéis conseguido.

—Vamos, Lee —dijo Smaia, muy excitada—. Tenemos que subir ahora mismo...

—Aguarda —pidió él—. Antes quiero hablar con Roho. Tiene que explicarnos muchas cosas.

—Lo haré con gran placer —respondió el aludido.

—El ruwadio, yo lo sé muy bien, sirve, entre otras cosas, para las comunicaciones interestelares. Ha suplido con enorme ventaja al rubí, para los rayos láser; por ello su precio es tan elevado.

—Sí, eso creo —dijo Roho con indiferencia—. Pero también tiene un enorme defecto.

—¿Cuál? —preguntó Dylla.

—Degenera con gran rapidez. A los dos años, aproximadamente, pierde todas sus cualidades y se convierte, simplemente, en un trozo de cristal azul.

—Oh —exclamó Smaia—. Ahora comprendo el fallo de mi brújula... Nadie me había cambiado la piedra...

—De modo que el ruwadio degenera —habló Murney—. Pero el bloque que vemos allá arriba parece mantener todas sus cualidades intactas.

—En efecto —convino Roho—. Lo que sucede es que la degeneración del ruwadio se produce cuando un fragmento es arrancado de lo que podríamos llamar madre.

—Entonces... ¿no sirve fuera de aquí? —preguntó Smaia.

Roho hizo un signo negativo.

—En absoluto —confirmó.

Smaia se sintió repentinamente desanimada.

—He hecho un viaje en balde —dijo—. Yooni me engañó...

—¿Conociste a Yooni? —preguntó Roho.

—Él fue quien me habló de las virtudes maravillosas del ruwadio —contestó la muchacha.

—Pero no te dijo todo, sin duda. ¿Mencionó su edad?

—Oh, yo creo que tenía unos ciento treinta años. Era muy viejo.

—Yooni tenía trescientos veintinueve años cuando se marchó de aquí y su aspecto era el de un hombre mucho más joven que yo.

Hubo una pausa de silencio. Murney empezaba a comprender.

* * *

—Sí —sonrió Roho—, yo tengo quinientos dos años. Y si me conservo así, es debido al benéfico influjo del ruwadio, influjo, o radiación, como queráis llamarlo, que no rebasa los límites de nuestro país. Pero ya no me quedan muchos años de vida y no lo lamento, porque he vivido tranquilo y apacible en este lugar, sin deseos ni ambiciones, ni odios ni envidias ni rencores. Como todos los que habéis visto antes de llegar aquí.

—Es decir, Yooni envejeció casi de repente cuando se marchó de este país —adivinó Murney.

—Exactamente. Se llevó un fragmento de ruwadio, porque no acababa de creer en su degeneración, pero, en cuanto la piedra perdió sus virtudes, él, que en lo físico sólo tenía unos ochenta años, alcanzó de golpe su verdadera edad. Aquí sólo pueden venir los que dejen la ambición y la codicia a la espalda —concluyó el anciano.

—Se pasan el día durmiendo, como drogados —dijo Dylla.

—Prefieren vivir así. También yo, y si ahora estoy despierto, es porque lo hago siempre, cuando viene un extranjero. Luego comeré un par de frutas y volveré a dormir.

—No me gusta este país —murmuró Dylla despectivamente—. Prefiero mi mundo, con todos sus defectos.

—Cuestión de opiniones —respondió Roho sin inmutarse.

—Roho, una última pregunta, por favor —suplicó Murney.

—Sí, dime —accedió el viejo.

—El ascensor... ¿No resulta una incongruencia?

Roho sonrió.

—Es sólo un simbolismo —explicó—. Lo hice instalar yo. Todo el que llega aquí, sabe que utiliza una máquina y una moneda por última vez.

—Un bonito método de advertir a los extranjeros que los bienes materiales carecen aquí de valor —opinó Dylla.

—Exactamente —confirmó el anciano.

De nuevo sobrevino otra pausa. Súbitamente, Smaia dio media vuelta y echó a andar.

—Me voy —dijo—. No podría continuar aquí ni un minuto más. Ahora comprendo por qué Yooni hablaba de morir aquí. ¡Esto no es vida!

Murney dirigió una sonrisa al anciano.

—Gracias por todo, Roho —se despidió.

—Estás a tiempo de quedarte, si lo deseas —contestó Roho.

Murney hizo un signo negativo.

—Lo siento —contestó lacónicamente. Luego se volvió hacia Dylla—. Soy tuyo; estoy a tus órdenes.

Ella sonrió de una manera extraña.

—Sí, vámonos —dijo

Echaron a andar. Minutos después, Murney dijo:

—Hay una nave que debe llegar para recoger a Cackooth. La utilizaremos para regresar a nuestros respectivos mundos.

—Buena idea —aprobó Dylla.

La nave aterrizó dos semanas más tarde.

Dylla avanzó hacia el aparato.

—Yo me encargaré de darles órdenes —dijo, resuelta.

Un hombre armado apareció en la escotilla.

—¡Eh! ¿Dónde está Cackooth? —gritó.

—Ha muerto. Con todos los suyos —respondió Murney.

Dylla alzó los brazos, como si se dispusiera a proyectar alguna imagen que engañase al individuo. Pero éste se adelantó y disparó.

Murney lanzó un grito de rabia. Disparó a su vez y el sujeto, al igual que Dylla, se convirtió en humo.

Dos hombres más aparecieron en la escotilla.

—Eh, amigos, nosotros venimos en son de paz —dijo uno de ellos.

Murney tenía las facciones contraídas.

—Será mejor que no mientan —exclamó.

Y avanzó hacia la nave.

—Cackooth y los demás murieron. El ruwadio sólo sirve aquí, en Ruwawud —añadió.

Los dos individuos se miraron.

—Escuche, nosotros éramos sólo unos asalariados —dijo el que había hablado antes—. El que ha muerto nos contrató como ayudantes, pero no tenemos ganas de líos.

—Podrán llevarnos a Nováfrica, por lo menos, supongo —dijo el joven.

—Claro, amigo. ¿Qué diablos hacemos en este maldito planeta?

Murney asintió. Volvió la cabeza y contempló tinos instantes las huellas del disparo en el sitio donde había estado Dylla.

La hierba aparecía chamuscada levemente. Eso era todo lo que quedaba de una hermosa mujer. Sus amigos volverían en la nave psicomóvil

Se preguntó si la estancia en el país de los tzuids habría afectado a sus poderes mentales, impidiéndole proyectar alguna imagen que detuviera la acción de su atacante.

Tal vez había sido así. O el otro había actuado con demasiada rapidez. ¿Qué importaba ya?, se dijo, mientras entraba en la nave.

* * *

Smaia entró en la habitación del hotel en que ambos se alojaban en Maxicity, en Nováfrica. Llevaba un papel en la mano y se lo entregó a Murney.

—Toma —dijo.

—¿Por qué me das ese cheque? —preguntó él.

—He de pagarte. No quiero deberte nada —respondió ella.

Murney rompió el cheque.

—Me debes mucho —dijo—, pero no se puede pagar con dinero.

—Lee, no hables así —se sulfuró ella.

Murney la abrazó.

—Si quieres pagarme, págame contigo misma —dijo.

—Pero, Lee... Yo te cedí a Dylla por el ruwadio...

—No, fue una venta que sólo costó veinticinco créditos.

—Estaba ciega, no sabía lo que me hacía... Quería el ruwadio por encima de todo...

—Y ahora se te han abierto los ojos. Ahora sí harás una expedición a la vida. Conmigo, claro.

Smaia se mordió los labios.

—Olvidaré el ruwadio —prometió.

—Hay algo que vale mucho más que ese cristal azul —dijo Murney.

—¿Qué es, Lee?

Murney sonrió.

—No hay palabras para expresarlo —contestó, inclinándose para besarla. Y entonces, Smaia comprendió qué era lo que valía más que todo el ruwadio del universo.

F I N